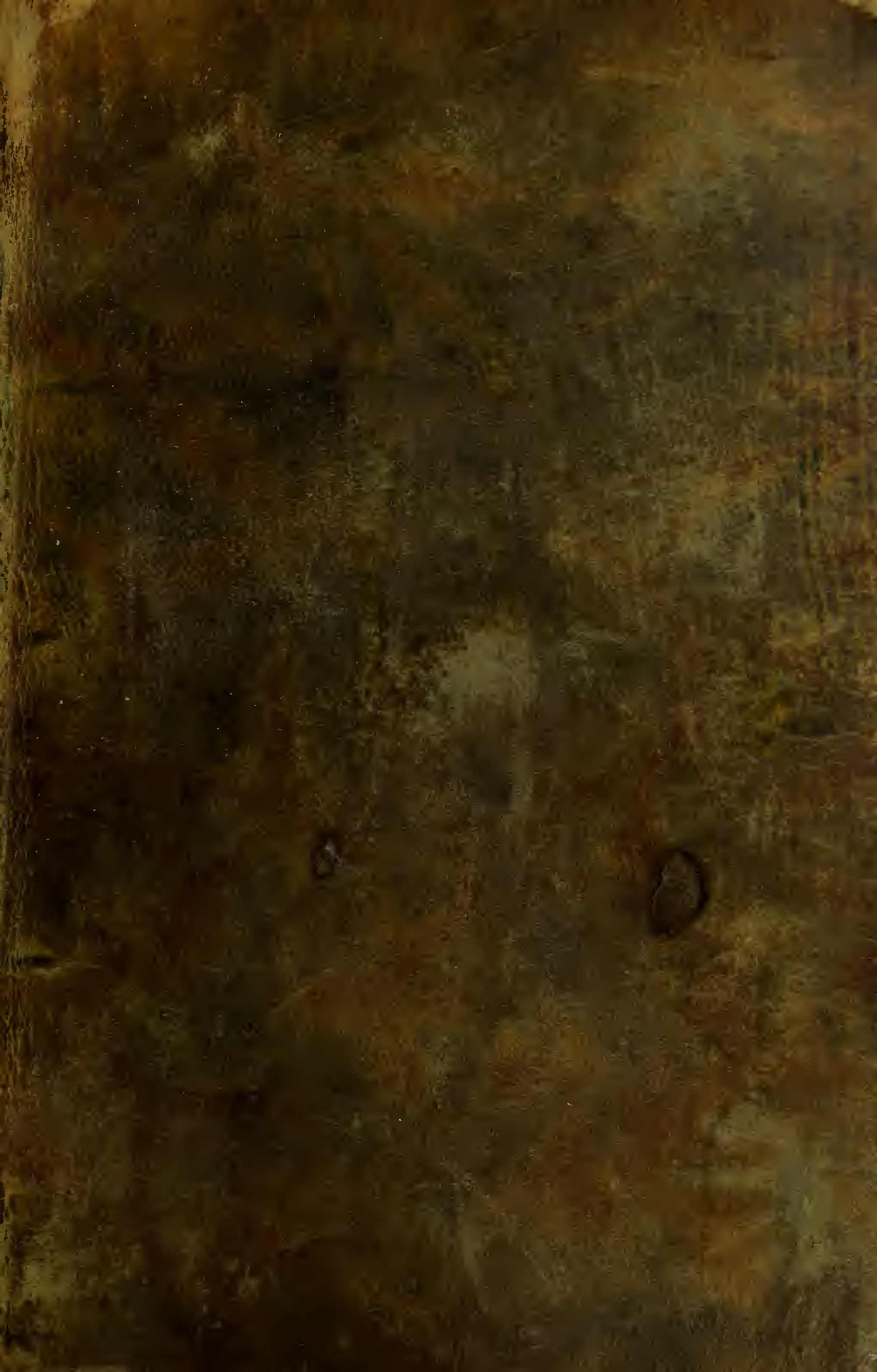
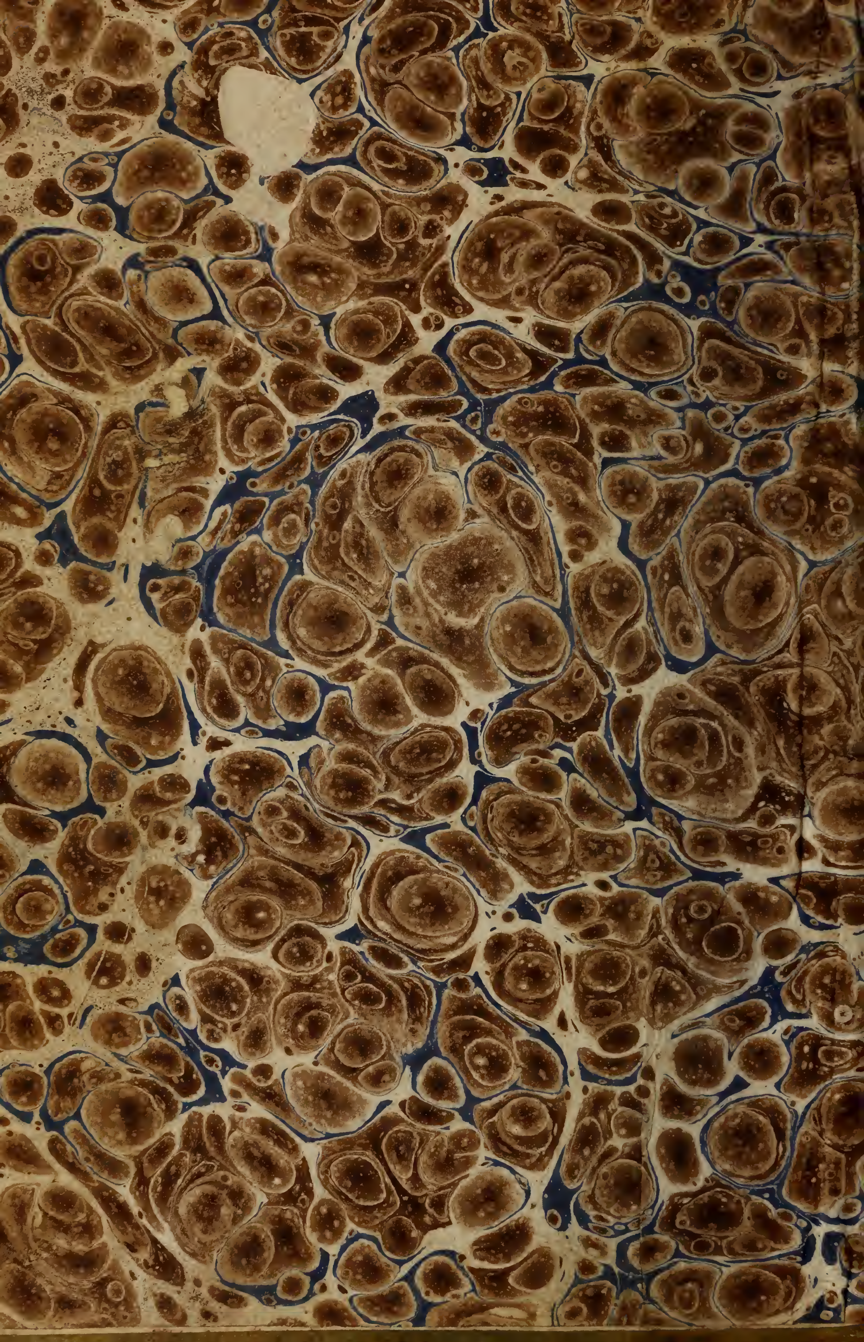
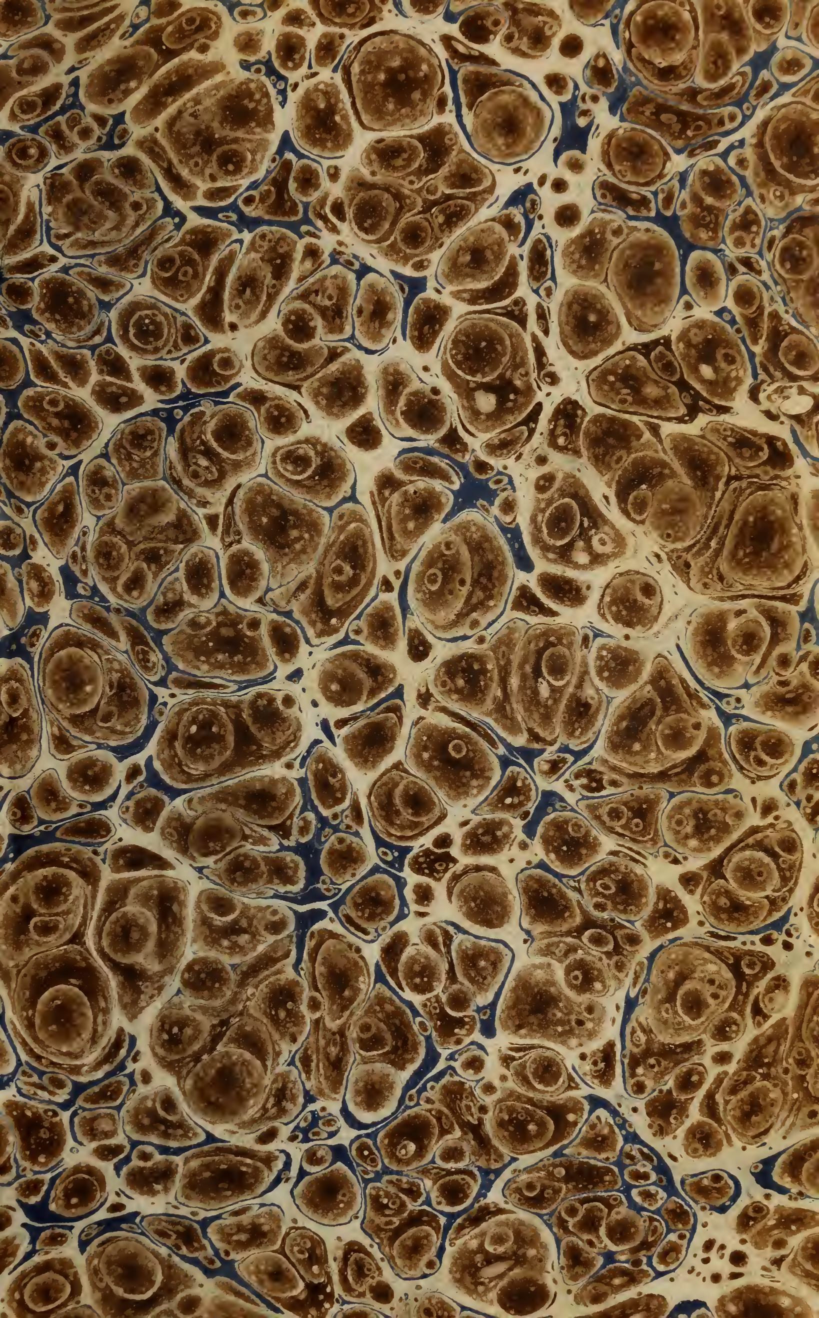
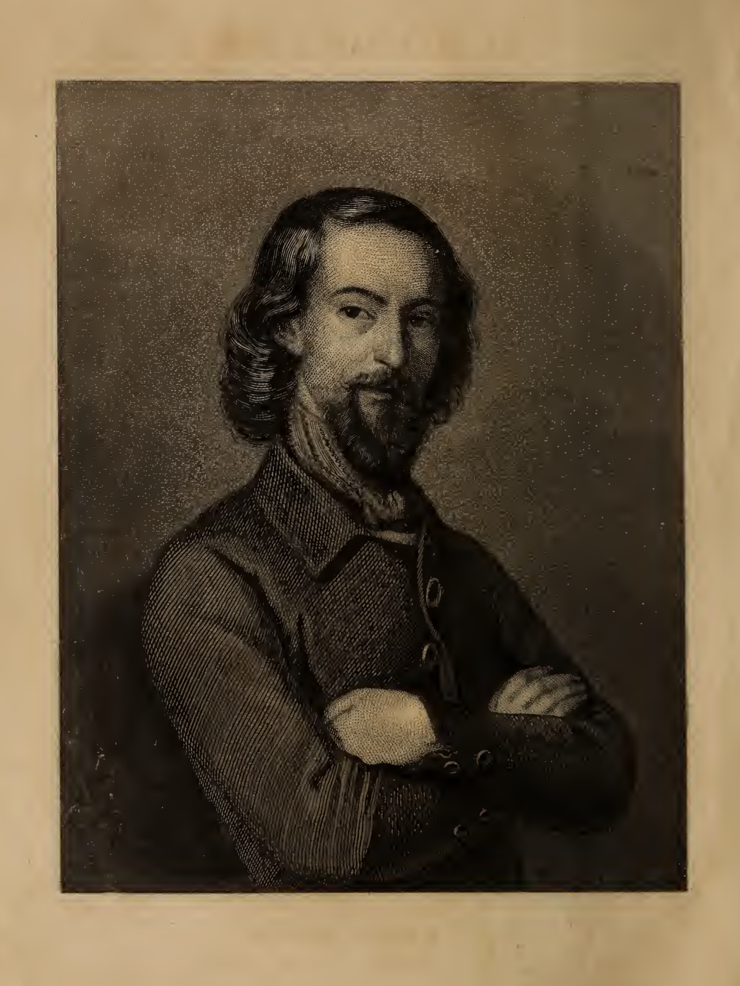








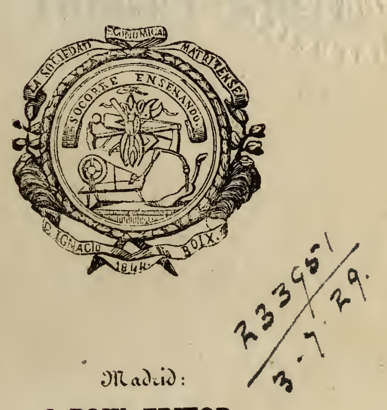
EL DESAFIO DEL DIABLO,

Y

UN TESTIGO DE BRONCE.

DOS LEYENDAS TRADICIONALES

por D. José Zorrilla.



Madrid:
I. BOIX, EDITOR,
IMPRESOR Y LIBRERO, CALLE DE CARRETAS, N.º 8.

1845.

PRIMERA PARTE.

Nació Doña Beatriz
para monja destinada,
mas salió al mundo inclinada
y no fue eleccion feliz.

Con demasiado devoto
corazon, en su preñéz
hizo su Madre tal vez
tan desatinado voto.

Porque fué tal el tormento
que antes de nacer la dió
Beatriz, que se temió
por ella y con fundamento.

Y ella, á impulsos del fatal
dolor, á Dios hizo ofrenda
de aquella azarosa prenda
de la dicha maternal.

*

¿Mas por qué á Dios ofrecer
lo que otro ha de cumplir?
¿Quién puede ¡necio! decir
lo que otro ha de querer?

Ello es una aberracion,
mas ello es cierto tambien
que de estas cosas se ven,
y asi muchas madres son.

En vez de ofrecer por sí,
en mal de que bien salieron,
por sus hijos ofrecieron
¡tantos malos hay asi!

Pero ¡oh lector! felizmente
en los tiempos que alcanzamos
de estos sucesos no hallamos
ejemplos tan comunmente.

Aunque tú te acordarás
por vano que hayas el seso,
que pasaban con esceso
diez ó doce años atrás.

¿No era duelo ver un chico
de seis años enredando
por la calle, y ya arrastrando
un hábito dominico?

¿O asida á los guardapieses
de una fresca montañesa,

hecha una Santa Teresa
una chica de once meses?

Asi Beatriz anduvo
toda su infancia, asi oia
las razones noche y dia
que para el hábito hubo.

Y asi pasaron sus bellos
y primeros ocho abriles,
entre juegos infantiles,
sin ver lo que iba tras ellos.

Hasta que al fin una noche
lujosamente ataviada
y de flores coronada
la metieron en un coche.

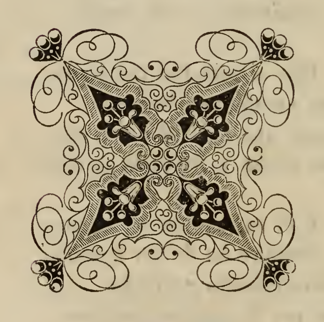
Ella al mirarse tan linda
con errado pensamiento
juzga que solo el convento
con dicha y flores la brinda.

Y el ser monja no la pesa
si siempre ha de ser querida,
como cuando recibida
fue por la madre Abadesa.

Quedóse en el locutorio
su Madre y la Superiora,
llevóla, pues era hora
á cenar al refectorio.

Allí todas á porfia
las madres la acariciaron,
la dieron y la otorgaron
cuanto en gana la venia.

Asi Doña Beatriz
quedó á monja destinada
y en el convento encerrada;
mas ¿fue dentro de él feliz?



-o-o-o-o-o-o-o-o-o-o-o-o-o-o-o-o-o-o-o-o-o-o-o-o-o-o-o-o-o-o-

¡Ah! fueron unos tras otros
sus dulces años huyendo,
nacer en su ánima haciendo
el deseo y la razon.
Y huyéronse una por una
las deliciosas visiones,
las dichosas ilusiones
que adoró su corazon.

—

Sintió dentro de él entonces
desconocido, insufrible,
un deseo incomprensible,
una triste vaguedad
que turbaba eternamente
sus oraciones, sus sueños,
con recuerdos halagüeños
de otro mundo y de otra edad.

—

Del órgano delicioso
entre la santa armonía,
otras músicas oía

de mas alegre compás.
Y de los santos ejemplos
en las sagradas memorias
el germen de otras historias
mas seductoras quizás.

—

Y ella bulliciosa un tiempo,
y alegre y entretenida,
silenciosa y distraida,
y triste á andar empezó;
y oculta allá de su celda,
en un rincon solitario,
el ídolo en formas vário
de la libertad amó.

—

Presentáronse á su ardiente
y exaltada fantasía
los gustos á que algun dia
renunció sin grande afan;
y vió con mortal tristeza
que ahora los apetece,
¡ah! porque de ellos carece,
porque vedados la están.

—

Aquella verde y frondosa
ribera fresca de un rio,
que paseaba en el Estío
de la luna el resplandor:
aquella fuente escondida
del soto entre los jarales,
en cuyos frescos raudales
su sed templaba y su ardor:

Aquellos anchos balcones,
sin reja y sin celosía,
que allá en su casa tenia
la calle para mirar:
y á través de cuyos lienzos
podia tranquilamente
el tumulto de la gente
y el aire libre gozar:

—

Todos los dulces recuerdos
de su deliciosa infancia,
dorados por la distancia,
mas caros á su ansiedad,
hervian en su memoria,
despertando sus pasiones
las primeras emociones
de su juvenil edad.

—

Y en la orilla de aquel rio,
y en redor de aquella fuente,
y entre la turba de gente
que vía por su balcon,
tal vez alcanzaba errando
una vision hechicera
cuya sonbra pasajera
turbaba su corazon.

—

¡Ay! exclamaba la triste,
contristada y dolorida:
¡cuán monotona es mi vida,
cuán sin gloria y sin placer!
¿Qué es para mí el universo,

si yo cual ave entre redes
estoy entre esas paredes
condenada á nunca ver?

—

¿Qué valen las maravillas
que Dios sembró por su suelo
si solo alcanzo del cielo
un giron escaso y ruin,
y el cántico pasajero
de algun pajarillo errante
que se detiene un instante
en las ramas del jardin?

—

Asi en el fondo del claustro
donde cautiva moraba,
allá á sus solas pensaba
la olvidada Beatriz.
Y asi corriendo los años
se prepara, aunque la pesa,
á quedar monja profesa
y á no ser nunca feliz.

—

Mas ¡ay! que oculto veneno
de estas memorias amargas,
prensadas de horas tan largas
en la larga soledad
en su corazon fermenta,
y del corazon brotando
va en su cuerpo germinando
peligrosa enfermedad.

—

Profunda melancolía

el corazon la devora,
víbora desgarradora
que con él ha de acabar.
Y lenta é inextinguible,
que sin descanso la deja,
fiebre ardorosa la aqueja
imposible de atajar.

—

Hierve en sus venas la sangre
sin alivio de un momento,
acosan su pensamiento
mil delirios en tropel.
Asaltan su fantasía
mil imposibles antojos,
y llanto vierten sus ojos
mas amargo que la hiel.

—

Las drogas de los empíricos
no pueden con su dolencia,
ninguno logra la ausencia
de su recóndito mal.
En vano su ciencia apuran,
sus elíxires destilan
en vano, nunca aniquilan
aquella fiebre infernal.

—

¡Pobre niña! consumida
por fuego íntimo y secreto
busca en vano un amuleto
contra tal desolacion.
Mas en vano los Doctores
con sus brebajes la afligen,

si del mal está el origen
en su ardiente corazon.

—

¿Quién ocasiona sus lágrimas?
¿quién la arranca sus suspiros?
¿quién ¡ay! tan fatales giros
á sus desvaríos da?
«Lejos de mí» en los accesos
grita de su calentura!
vuestra vista es mi tortura;
¡quién de vos me librará!

—

Lejos de mí, lejos, lejos!
fieros espectros con tocas,
que con hipócritas bocas
me predicais la virtud,
y con fraternales manos
me estais preparando un traje
con que mas horrenda baje
despechada al ataud.

—

Lejos! dejadme tranquila;
me estais ahogando... dejadme;
abrid la reja, aire dadme,
quiero el aura respirar...,
y asi Beatriz diciendo
se desespera y se agita
con violencia inaudita,
con iracundo pesar.

—

Hasta que al cabo la fiebre
la debilita y la estenúa,

y el hondo letargo atenúa
de su delirio el ardor;
y las madres aterradas
conjuran con oraciones
de sus horrendas visiones
el tropel fascinador.

—

Sus Padres (que al cabo lo eran)
con intento mas humano
otro médico mundano
resolviéronse á llevar,
y á pesar de los óbstáculos
que las monjas opusieron,
una tarde consiguieron
hasta la celda llegar.

—

El Doctor, hombre de graves
conocimientos científicos,
condenó los específicos
y las drogas condenó:
y enterado de los síntomas,
con la fria indiferencia
del oficio y de la ciencia
tal plática ocasionó.

EL DOCTOR.

¿Que edad tiene esta muchacha?

EL PADRE.

Quince años.

EL DOCTOR.

¿Ha profesado?

EL PADRE.

Aun está en el noviciado.

EL DOCTOR.

Pues remedio tiene aun.

EL PADRE.

Decid cuál.

EL DOCTOR.

Uno tan solo:
si adoptarlo no se quiere
esta muchacha se muere.

LA ABADESA.

Decidnos cuál, y segun...
si no es algun sortilegio
ó algun infernal conjuro...

EL DOCTOR.

Madre, aqui no hay nada impuro
por vida de Barrabás!
Yo tengo un coche á la puerta,
la vestimos al momento
y la saco del convento.

LA ABADESA.

Sacarla, Jesus!

EL DOCTOR.

No hay mas.

LA ABADESA.

Sacarla dice! que audacia!
extraer una novicia!
el Rey nos hará la justicia;
no será.

EL DOCTOR.

¿Cómo que no?
enfermo á quien tomo el pulso
y á quien remedio consigo
se salva ó muere conmigo.

LA ABADESA.

Yo haré.....

EL DOCTOR *(interrumpiéndola)*.

Quien hará soy yo.
(al padre) Señor mio, tener hija
quereis ó no? Vamos claros.

EL PADRE.

Sí, sí.

EL DOCTOR.

Pues fuera reparos
y agarrad de ese colchon.

EL PADRE.

Qué vais á hacer?

EL DOCTOR.

A llevármela.

EL PADRE.

Y el poder de la Abadesa?

EL DOCTOR.

Si la chica no es profesa
nada puede en conclusion.
Con que asid de esas dos puntas
ó vámonos y que muera.

Y hablando de esta manera
entre el Padre y el Doctor,
á pesar de todo el claustro,
de su hija Beatriz asieron
y en el coche la pusieron;
y las mulas con vigor
arrancando les sacaron
de la grita y confusion
con que el coro de las monjas

á despedirles salió.
Y desde aqui, tras aquesta
necesaria introduccion,
toma principio la historia
¡oh carísimo lector!
Y esta no es fábula vieja
hallada en un cronicon;
no es fantástica leyenda
de que soy el inventor.
Es tal cual voy á escribirla
del pueblo una tradicion,
de boca de un pueblo oida,
siendo un viejo el narrador,
y la cual voy á contarte
como á mi me la contó.



I.

En el fondo de un valle
por en medio del cual ancha vertiente
abre á sus turbias aguas un torrente
honda y torcida calle;
torrente en el Invierno
y arroyo en el Estío,
en julio despreciado, y en diciembre
con honores de rio;
cercado de peñascos y maleza
por ambos horizontes,
y hundido entre dos montes
de fértil aspereza:
en este valle, pues, y estas montañas
poseia Don Lucas de Hinestrosa,
Padre de Beatriz, quinta escondida,
saludable y frondosa,
y en el sitio mejor de ambas Españas
sentada y construida.
    En Córdoba la bella,

ciudad moruna de recuerdos rica,
cuyas calles estrechas
y cuyas casas de ladrillos hechas
el gusto actual critica;
mas cuya situacion encantadora,
cuyo nombre halagüeño
como memoria de agradable sueño
el Moro aun en el desierto adora.
En aquellas montañas formidables
habitadas un dia
por viejos ermitaños venerables,
y habitadas primero
por derviches fanáticos, es donde
Don Lucas de Hinestrosa
á Beatriz esconde,
y allí, donde la cándida novicia
el aire y agua saludable goza
á su nociva enfermedad propicia.
Allí á lo menos desde la alta cumbre
libres pasean sus avaros ojos
estenso campo; y vária muchedumbre
de objetos mil distintos,
de la naturaleza mil antojos
alcanzan por los mágicos recintos
de aquellos naturales laberintos.
Alli goza del cielo
cuanto abarcan entrambos horizontes
y largo campo del vistoso suelo.
Allí en la estensa vega
que ancho el Guadalquivir fecunda y riega,
ve cubrir la magnífica campiña
el apareado olivo siempre verde,

la rubia mies y la fecunda viña,
y la estendida pita
sembrada en los vallados,
y la roja amapola que se agita
dando aroma y color á los sembrados:
y las hojas pegadas
de los higos de tuna,
de los lagartos con pasion amadas,
y de la sorda abeja acariciadas.
Y ve los anchos sotos
y las verdes dehesas,
donde encerradas en campestres cotos
dan crias retozonas y traviesas
las generosas yeguas cordobesas.
Y ve la hermosa Beatriz pasmada,
desde aquellos peñascos donde habita,
la poblacion morisca coronada
por la bella y mas célebre mezquita
á los ginetes moros conquistada.
Y ve á sus pies en la montuosa tierra,
teatro un tiempo de azarosa guerra,
brotar continuamente
cercados de silvestres florecillas,
ya el manantial de rumorosa fuente,
ya corpulentos robles,
ya enlazada á las hayas amarillas
con recios brazos y con nudos dobles
la cariñosa yedra
cuya oculta raiz nace en la piedra.
Allí el aire tranquilo se embalsama
con los gratos olores
que la feráz frondosidad derrama:

*

y se respira pura
el aura salutífera que impregnan
con su aroma las flores,
las fuentes con vapores y frescura.
Allí la limpia atmósfera armonizan
las pasajeras aves
con cánticos suaves
que los sentidos con el alma hechizan.
Y allí pasa Beatriz el tiempo breve
de la estacion florida,
rápida imágen de la corta vida
que en la tierra habitar acaso debe;
y allí pasa sus dias á lo menos,
ya que no entre placeres bulliciosos,
alegres, y serenos
y libres, con sus sueños deliciosos.
Su Padre la acompaña,
y el Doctor la visita,
y en dulce soledad vive sin cuita
al mundo entero y al convento extraña.
El oro de Don Lucas de Hinestrosa
sus caprichos y gustos la previene,
y con su vida Beatriz se aviene,
y lejos del convento muy dichosa.





II.

Apenas anochecía:
la luz apuntaba apenas
de melancólica luna
en una noche serena,
cuando en sabrosas memorias
y en ilusiones risueñas
embebida está Beatriz
de su alquería en la puerta.
Cómodo sillon la ofrece
la espesa y humilde yerba,
y el son del aire la arrulla
que la acaricia y refresca:
sobre la rodilla el codo,
la frente en la palma puesta,
sin direccion las miradas
y sin norte las ideas,
está en una de esas horas
de misteriosa pereza,
de tranquilidad y calma

en que nada nos inquieta,
nada nos place ni turba
y nada nos interesa;
ni se sufre ni se goza,
ni se quiere ni se piensa.
De esta abstraccion melancólica
que la absorve las potencias
y la embarga los sentidos,
y el ánima la enajena,
vino á sacarla á deshora
una voz sonora y recia
que la dijo:—Buenas noches,
y á la que respondió ella
con un ¡ay! que á un tiempo mismo
miedo indicaba y sorpresa.
¡Silencio! el recien venido
exclamó, y la mano asiéndola
dijo: enemigos me siguen,
pero es preciso que pierdan
mi rastro, y que yo del monte
por espesura me meta.

BEATRIZ.

¿Y qué quereis?

EL HOMBRE.

Un instante
de descanso, por las breñas
para seguir mi camino,
y si mis contrarios llegan
un rincon en que ocultarme
mientras pasa la tormenta.
Y asi, aquel honbre diciendo
entró con libre franqueza

en la alquería, y tendióse
sobre un sillon de vaqueta.
Siguióle Beatriz absorta,
y entre turbada y resuelta
sacó un velon encendido
que puso sobre una mesa:
y hácia el incógnito intruso
tendió la mirada incierta,
mas apartóla encontrando
la suya clavada en ella.
Subióla á entrambas mejillas
el carmin de la verguenza,
y quedó ante el forastero
de pie, y silenciosa y trémula.
Yo no se que es lo que tiene
una mirada serena,
fija, osada y sostenida
que se lanza de la negra
pupila de un ojo ardiente,
por bajo fruncida ceja
que oculta el camino cierto
que aquella mirada lleva,
y la intencion que recata,
y el sentimiento que expresa
cuando sabe uno que está
sobre su semblante puesta:
pero ello es cierto que á veces
esta mirada nos quema
con el fuego que despide
y con su peso nos prensa.
El rostro se nos enciende,
los oidos nos chispean,

y aunque no nos atrevemos
otra mirada á oponerla,
sentimos que está en nosotros
posada, y el alma inquieta
anda recelosa dentro
del corazon dando vueltas.
Tal está la pobre niña
haciendo que hace una trenza
del cordon del delantal
que en los dedos se la enreda,
mientras los ojos del hombre
siguen clavados en ella
sin apartarse un momento,
sin pestañear siquiera.
¿Qué piensa el desconocido?
¿cuál será la consecuencia
que de su exámen deduzca?
¿será propicia ó siniestra?
¿por qué no se desemboza
y franco el semblante muestra?
¿será deforme ó hermoso?
tal vez de un bandido sea,
tal vez de un infortunado.
De ambos quizá...! Todas estas
preguntas y conjeturas
se hace la muchacha, mientras
la contempla él de hito en hito,
mas solucion ni respuesta
para ninguna en sus datos
ni en las palabras encuentra.
Mas no duró mucho tiempo
su zozobra, una tós seca

del incógnito la puso
á sus palabras atenta.
Alzó Beatriz poco á poco
y volvió á él la cabeza,
y él que la intencion conoce
y advierte lo que desea,
viendo además que ya acaso
á ser descortés empieza,
con ella al cabo la plática
entabló de esta manera.

EL HOMBRE.

¿Cómo os llamais?

BEATRIZ.

Beatriz
de Hinestrosa.

EL HOMBRE.

De esta tierra
sois natural?

BEATRIZ.

No señor.

EL HOMBRE.

De dónde, pues?

BEATRIZ.

Madrileña.

EL HOMBRE.

Buen pais para quien puede
vivir en la Corte.

BEATRIZ.

¿En ella
no habeis nunca estado vos?

EL HOMBRE.

Si á fe mia, pero ciertas

conveniencias personales
me echaron á las riberas
que baña el Guadalquivir:
mas decidme, si indiscreta
no es la pregunta, ¿esta quinta
que estais habitando es vuestra?

BEATRIZ.

De mi Padre.

EL HOMBRE.

Y por qué causa
siendo tan niña y tan bella
en la soledad del monte
y en sus muros os encierra?

BEATRIZ.

Porque mi salud lo exige,
y los Doctores esperan
que sus aguas y sus aires
muy pronto me restablezcan.

EL HOMBRE.

¿Que mal padeceis?

BEATRIZ.

Ninguno
ya; tres meses en la sierra
me han aprovechado mucho,
mi salud casi es completa.

EL HOMBRE.

¿Y quién aqui os acompaña?

BEATRIZ.

Mi Padre y un aya vieja
con tres criados que cuidan
de la casa y de la huerta.
Aunque esta noche he oido

que es muy probable que venga
mi hermano Cárlos: mi Padre
bajó á esperarle á la vega.

Hubo aqui un punto de pausa,
tras del cual como si hubiera
sonado la hora precisa,
ú oido palabra ó seña
que aguardára el forastero
alzóse y fuese á la puerta.

BEATRIZ.

Ya os vais?

EL HOMBRE.

Si, más molestaros
no quiero con mi presencia.
Nadie hay sobre mi camino,
Beatriz, y partir es fuerza.

BEATRIZ.

En verdad, señor hidalgo,
que á mi en nada me molesta:
y si es que no os incomoda
de Padre aguardar la vuelta,
pasar en esta alquería
toda la noche pudiérais.

EL HOMBRE.

Gracias; el sitio á que voy
está, Beatriz, muy cerca,
y fuera de allí me importa
que sorprenderme no puedan.
Sin embargo, si algun dia
mi suerte fatal se trueca
y puedo con libertad

pasearme por la tierra,
espero volver á veros
si es que me otorgais licencia.

BEATRIZ.

Cuando gusteis: aunque juzgo
que es cosa dificil esa.

EL HOMBRE.

Por qué?

BEATRIZ.

Porque á fin de agosto
á mi convento me llevan.

EL HOMBRE.

A vuestro convento?

BEATRIZ.

Sí.

EL HOMBRE.

¿Sois monja, pues?

BEATRIZ.

No profesa
todavía, soy novicia
desde mi infancia mas tierna,
que asi lo ofreció mi Madre
antes de que yo naciera.

EL HOMBRE.

Y vos os vais á ser monja
tan solo por su promesa?

BEATRIZ.

Esto ha de ser.

EL HOMBRE.

Pero vos
no vais, Beatriz, contenta.

BEATRIZ.

Algunos años lo estuve;
mas me puse tan enferma
despues, que fue necesario,
porque allí no me muriera,
sacarme del monasterio.

EL HOMBRE.

Y decidme, ¿qué edad era
la vuestra cuando á él os fuisteis?

BEATRIZ.

Tendria ocho años apenas.

EL HOMBRE.

¡Tiranos padres teneis
si en tal proyecto se empeñan,
y á ser hoy mi poder otro
jamás se lo consintiera.

BEATRIZ.

¡Vos abrazárais mi causa!

EL HOMBRE.

Fuera mala ó fuera buena.

BEATRIZ.

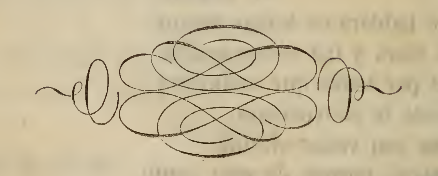
Con mi Padre os empeñárais...

EL HOMBRE.

Y le hablára en buena lengua,
tan clara y tan comprensible
que por tenáz que anduviera
pronto le convenceria.
Pero son vanas ofertas,
Beatriz, porque en este punto
yo propio amparo y defensa
necesito; mas si un dia
en trance fatal os viérais,

ó en amarga desventura,
y me veis lejos ó cerca,
venid á mí; que si un hombre
puede con brio ó destreza
sacaros de aquel mal paso
no ha de faltar quien se atreva.

Esto dicho, el forastero,
sintiendo que por la cuesta
sube gente, á largos pasos
metióse por la maleza.
Y al cabo de unos minutos
asomaron por las cercas
el de Hinestrosa y su hijo,
y en su mula pelinegra
el Doctor, que ganó un pleito
contra la madre Abadesa,
y con Beatriz y su Padre
sincera amistad conserva.



III.

DON LUCAS. — DON CARLOS, *su hijo.* — EL DOCTOR *y* BEATRIZ *cenando en el comedor de la alquería.*

CARLOS AL DOCTOR.

¿Y qué tenemos con eso?
Porque ese hombre sea valiente
le ha de sacar su valor
del alcance de las leyes?

EL DOCTOR A CARLOS.

Mancebo, á lo que imagino
poco de esto se os entiende;
los soldados que le siguen
le respetan ó le temen.

CARLOS.

Si me contareis á mi
los milagros del hombre ese
cuando he vivido con él
mas de un año. Diez y siete
tenia cuando su casa

abandonó y sus parientes,
y sentó plaza.

EL DOCTOR.

Es exacto.

CARLOS.

A los veinte y tres y meses
dió á un capitan de estocadas
en un duelo.

EL DOCTOR.

Ciertamente,
tambien es verdad.

CARLOS.

Fué preso
y presentado á sus jueces,
y la sentencia era clara,
le condenaron á muerte.

EL DOCTOR.

Mas os habeis olvidado,
señor cronista, que fue este
el motivo único y solo
para que al dia siguiente
se alzase su compañía,
y á ella otras cuatro se uniesen,
pidiendo á voces su vida
y jurando defenderle.

CARLOS.

Todo obra de sus amigos.

EL DOCTOR.

Lo que prueba que los tiene,
que los soldados le amaban,
y que positivamente,

pues saben hoy que es su mismo
compañero, le protegen.

CARLOS.

Vaya, vaya, buen Doctor,
que si quisiera quien puede
antes de veinte y cuatro horas
habria quien le prendiese.
Y el valor no le escudára,
porque sabeis que es patente
que jugó su patrimonio,
y que dejó muchas veces
muertos en el campo á hombres
por quien llora aun mucha gente.
Y en fin, que tras muchos lances,
pobre y perseguido viéndose
por la justicia, á los montes
vino al cabo á guarecerse,
y uniéndose á los bandidos
ha venido á ser su jefe.

EL DOCTOR.

Y eso prueba, amigo Carlos,
clara y terminantemente
que es un hombre de valor,
y que alma de sobra tiene
para habérselas con todos
por astucia ó frente á frente.

CARLOS.

Y prueba que es un bandido
que su fortuna merece,
y que quien asirle pueda
hace un servicio eminente
á su Patria: y si yo mismo....

EL DOCTOR.

Señor guapo, no lo dije
por tan poco; en este instante
buena ocasion se le ofrece
para el caso; él no está lejos,
con que por el monte trepe
seguro en él de encontrarle,
y si es hombre, de cogerle.

CARLOS.

Y ya se ve que lo fuera
seor galeno.

EL DOCTOR.

Seor imberbe,
no hace cuatro horas aún
que estuvo cerca, y, ó mienten
las señas de los paisanos,
ó ese sendero de enfrente
tomó, pasando delante
de vuestra puerta.

DON LUCAS A BEATRIZ.

¿Qué tienes
Beatriz? te has descolorido,
trémula estás....

EL DOCTOR *(levantándose y yendo hácia Beatriz y pulsándola.)*

¿Qué sucede?
á ver, á ver, en efecto
es un vapor.

DON LUCAS.

¿Ven ustedes
lo que hacen con sus disputas
y sus historias imbéciles

de desafios y cárceles
y de bandidos y duendes?

EL DOCTOR.

Don Lucas, teneis razon,
bah, Beatriz no te alteres
de oir que ha pasado cerca
ese bandido.

DON LUCAS.

Y ya vuelve.

EL DOCTOR.

Es un hombre como todos,
y aunque prendas no le duelen
cuando juega en contra de hombres,
no es asi con las mujeres,
que es muy gallardo y buen mozo.
Un vaso de agua traedme
con un poco de vinagre:
esto no es nada: ea bebe.
No tiene nada de extraño,
todavía está muy débil.

DON LUCAS.

Juana, Ramon, luz al cuarto
de la niña y que se acueste.

EL DOCTOR.

No es preciso.

DON LUCAS.

¡Pobrecita!
¿va mejor? ¿cómo te sientes?

BEATRIZ.

Ya se me ha pasado, Padre;
fue un vahido solamente.

IV.

¿Es cierto? y aquel hombre que sentado
con Beatriz estuvo fue el bandido?
¿es á quien tanto Carlos ha ultrajado
y á quien tanto el Doctor ha defendido?

—

Infame desertor de sus banderas,
jugador, libertino y pendenciero,
lleva sobre él las leyes mas severas...
y parece no obstante un caballero.

—

Es buen mozo y galan con las mujeres
segun dice el Doctor, y en desafios
siempre triunfante; en varios pareceres
puede andar su virtud, mas no sus brios.

—

Quiérenle sus soldados, le respetan
los mismos que condenan sus extrañas
proezas: los bandidos se sujetan
á obedecer su voz en las montañas.

—

Valiente en el ejército, valiente

ante el severo juez que le condena,
mira el peligro con serena frente,
y aguarda el porvenir con faz serena.

—

Mas si un dia, Beatriz, os veis acaso
en un trance fatal, pedidme ayuda;
si un hombre os puede echar de este mal paso
no faltará jamás quien os acuda.

—

Tal oferta á Beatriz hizo partiendo
por el sendero que á los montes guia,
si su suerte se cambia prometiendo
volver ante sus ojos algun dia.

—

Su semblante no vió con el embozo
Beatriz, ¿mas qué importa su semblante?
si ya la inclina hácia el gallardo mozo
su oferta liberal y su talante.

—

No fuérais al convento la previene
á poder yo estorbarlo: y el convento
asi sin fuerzas ni salud la tiene,
y es á él volverla de su Padre intento.

—

Luego el único ser que la es extraño,
el solo que la dan por enemigo,
el solo es que se duele de su daño,
y se la ofrece valedor y amigo.

—

¿Y qué estrella fatal ponerla pudo
al claustro destinada aun no nacida?
¿Tiene ella un corazon seco y desnudo

de afecciones al mundo y á la vida?

—

Tal en su lecho Beatriz pensaba
y en tales reflexiones se perdia,
y mas la idea del convento odiaba
cuanto el tornar á él mas cerca vía.

—

Y en estos pensamientos
su espíritu embebido,
cayó del sueño en brazos
la triste Beatriz:
y entre sus negras sombras
la sombra del bandido
se muestra, de ventura
cual precursor feliz.

—

Los pálidos fantasmas
de sus penosos sueños,
que en pesadilla odiosa
la asaltan en tropel,
se tornan en alegres
espíritus risueños,
que giran y que bullen
en derredor de aquel.

—

No alcanza su semblante
por bajo del embozo,
mas sus brillantes ojos
sobre el embozo ve,
y al fuego de sus rayos,
henchido de alborozo,
el corazon la late

cobrando nueva fe.

—

La oferta generosa
que con osado aliento
la hizo al despedirse,
su acento varonil
resuena en sus oidos
como de manso viento
el plácido murmullo
en el pintado abril.

—

Ya en sueños imagina
que espuesta en el desierto,
y abandonada y triste,
y descarriada va,
y en el lejano monte
por el camino cierto
la sombra bienhechora
para guiarla está.

—

Ya sueña que á la orilla
de rápido torrente
la tienen los bandidos
para arrojarla en él,
y en medio de la turba
parece de repente,
y tórnanse las peñas
magnífico verjel.

—

Y ¡ay triste de la hermosa
que en los delirios fia
de sueños que embelesan

su mente juvenil!
de su soñado cielo
la arrojan algun dia
en el hediondo cieno
del apetito vil.

—

¡Ay triste de la niña
que confiada adora
el ídolo que crea
su ardiente corazo !
El frio desengaño
bajo su templo mora,
y seca con su soplo
la bella creacion.

—

Amor entra en su alma
como galan rendido
un porvenir mintiendo
pacífico y feliz;
mas de ella apoderado
se torna en un bandido.....
¡ay! ciérrale tu alma
¡oh hermosa Beatriz!

—

Un vago pensamiento
que sin violencia nace
en hondo sentimiento
trasfórmase traidor.
Despues deseo ardiente,
si se desprecia se hace,
y al fin concluye siendo
desatinado amor.

V.

El viejo Don Lucas
á Córdoba fue;
su amigo el empírico
marchóse tambien.
Don Carlos habita
la quinta este mes,
y en ella se queda
Beatriz con él.

—

Su hermano es un hombre
nacido en Jerez,
que escupe torcido,
que mira á través,
que siempre murmura
de cuanto oye y ve,
y mas que su hermano
parece su juez.

—

Jamás de su parte

se quiso poner,
ni de su convento
traspuso el dintel
durante su larga
dolencia cruel:
dijeran que el mozo
su sangre no es.

—

Doctor es en leyes,
y lo hace tan bien
que á toda la curia
la tiene en un pie:
no hay falsa escritura
ni falso poder
para el que legales
razones no dé.

—

El mas escribano
de cuantos se ven,
que saben un pleito
de un átomo hacer
con el siempre en falso
asienta los pies!....
que no hay quien alcance
su maña y dobléz.

—

Doctor es en leyes,
¡mas por san Ginés!
que nunca con nadie
guardó buena ley.
Calcule el discreto
cuán feliz va á ser

su cándida hermana
con este lebrel.

—

No su hermano,
su tirano
solo es;
un espectro que la espanta,
y do quiera se levanta
donde va á fijar los pies.

—

En su espía
trasformado
noche y dia
va á su lado,
no la deja
por do quier.
No respira,
no oye ó mira,
nada intenta
que él no sienta,
que él no logre
oir y ver.

—

¿Qué hace en tanto
Beatriz?
sufre y calla.
Con su espíritu
batalla,
y en su llanto
melancólico
se ve bien que no es feliz.

—

¿Que hay oculto

que atormente
su alma cándida
inocente?
tal vez siente
su conciencia
la presencia
de un gusano
roedor?
Es el miedo de su hermano
lo que causa su dolor?
no: es un vago pensamiento
sin contornos ni color,
que en mas hondo sentimiento
va cambiándose traidor.

—

Quiera Dios que no la halague
tan sutil y tentador,
que tras él la niña vague
hasta dar donde la trague
la honda sima del amor.



VI.

En una de aquellas noches
sombrías y melancólicas
en que todo en torno calla
y todo en torno reposa:
en que tardía la luna
por el horizonte asoma
entre cenicientas nubes
que su luz pálida entoldan,
y en que á renovar convidan
dulces y antiguas memorias
el aislamiento del alma,
la soledad silenciosa,
la tranquilidad del mundo
y el misterio de las sombras;
noches serenas de agosto
en que se vive y se goza,
y de que nunca se olvidan
las sabrosísimas horas:
en una, pues, de estas noches

mas oscura que las otras,
de pechos en su ventana
está Beatriz absorta
en secretos pensamientos
y consigo mismo á solas.
El codo en el antepecho,
la sien en la palma apoya
de una mano, y la otra mano,
dejada á voluntad propia,
arranca el menudo césped
que en el antepecho brota
con la humedad de la lluvia
y en la union de las baldosas.
En su arrobamiento dulce,
sin intencion que conozca,
sin voluntad que la acuda,
sin anhelo y sin zozobra,
nada escuchan sus oidos,
en nada sus ojos posa,
su corazon nada espera,
solo pensar es su obra.
Solo en meditar se ocupa;
¿mas en qué piensa? Lo ignora.
Sucédense sus ideas
en cadena nunca rota;
nacen unas do otras mueren,
do las unas se evaporan
las otras se patentizan
mas ó menos luminosas,
y sin razon ni trabajo
su inquieta mente las forja
cual brotan de un manantial

una, diez, ciento, mil gotas.
Ninguna en la limpia peña
se atropella ni se estorba,
ninguna se precipita
sin tiempo, ni se desborda;
sino que todas á un tiempo
el limpio arroyuelo forman,
y como salen de un caño
arroyo se truecan todas.
Asi Beatriz medita
en su ventana á deshoras
de la noche, y asi estando
adormida en vaporosas
infantiles ilusiones,
creyó en la empinada loma,
saliendo de las malezas,
distinguir una persona.
El corazon á su vista
con violencia latióla;
los ojos clavó en el bulto
cuyo contorno en las lóbregas
tinieblas no se distingue,
mas cuyos pasos se notan
poco á poco aproximándose
por la vereda tortuosa.
Llegó por fin; era un hombre;
y en la plazoleta angosta
que de la quinta delante
hace la tierra escabrosa,
paróse como dudando
mientra á favor de esta corta
pausa pudo Beatriz

examinar su persona.
Era de alzada estatura,
de presencia muy airosa,
y andar resuelto y seguro:
su traje casi á la moda
de mil setecientos quince;
gaban cuya manga angosta
ciñe al brazo con gran vuelta
que en la muñeca se dobla.
Pequeña falda y con cuerpo
que á la cintura se abrocha
con un corchete de acero:
ancho calzon que abotona
por ambos lados, y que ata
por encima de la bota:
larga espada, gran sombrero,
y en la cinta dos pistolas,
y de una vez cercenando
descripciones enfadosas,
facha á lo Felipe quinto
(que es la edad de nuestra historia).
Tal es el hombre que espera
en la estrecha plataforma
que hay delante de la quinta,
y las señas que le toma
Beatriz, que á salvo verle
desde su ventana logra,
aunque esta es harto elevada
y la claridad muy poca.
Alzó él repentinamente
la cabeza, y retiróla
la muchacha, mas no andubo

en retirarla tan pronta
que no lo notara el hombre:
y sin duda conocióla
porque dijo con voz cauta:
«¿Por qué ocultarse, Señora?
¿por qué de un sincero amigo
recatar la faz hermosa
cuando él en su corazon
tiene estampada una copia?
Salid, pues, á esa ventana
Beatriz encantadora,
que no vereis mas que un hombre
que mas placer no ambiciona
que el de oir el dulce acento
de vuestra divina boca.»

Qué es lo que pasa por ella
Beatriz no entiende ahora:
de esta repentina y franca
declaracion amorosa
no comprende Beatriz
las palabras seductoras;
lo que escucha la enloquece,
lo que sospecha la azora.
La voz que ha oido es la misma
que oyó otra noche mas próxima,
cuando con dulces palabras
le hizo ofertas generosas.
Él es, el bandido, ¡cielos!
¿qué ha de hacer? pues que la nombra,
la ha conocido, y es fuerza
que á sus palabras responda.

Esto pensaba la niña
cuando mas recia y sonora
sonó la voz del de abajo,
aunque siempre respetuosa,
diciendo: «Si las palabras
con que os he hablado os enojan
no os asomeis para darlas
contestacion enojosa;
pero asomaos si os place
para recibir Señora
las gracias del hospedaje;
ó que teneis á deshonra
imaginaré sino
recibirlas de mi boca.»
Lo cual Beatriz oyendo,
grosería parecióla
no dar alguna respuesta
á quien su callar sonroja.
Salió, pues, á la ventana,
y á no estorbarlo la sombra
mostrára el rostro modesto
mas rojo que una amapola.
Salió, mas quedóse muda,
pues de puro vergonzosa
no atinó con las palabras
para la respuesta propias.
Lo cual mirando el de abajo
de esta manera atajóla
á la ventana acercándose
para que mejor le oiga.

EL.

A mejorar mi fortuna

que volvería ofrecí,
mas me parece ¡ay de mi!
que os es mi vuelta importuna.

ELLA.

Yo creo buen caballero
que siempre causa un placer
tornar un amigo á ver.

EL.

Que tal me juzgueis espero.
Yo por mí puedo jurar,
sin hacer ofensa á Dios,
que desque partí de vos
no pensé mas que en tornar.
¿Y vos pensásteis en mí?

ELLA.

Muchas veces me acordé... *(se interrumpe.)*

EL.

¿Os acordásteis? ¿de qué?

ELLA. *(con candidéz.)*

De que estuvísteis aqui.

EL.

¿No os acordásteis de mas?

ELLA.

¿Y de qué mas que acordára
si el embozo de la cara
no separásteis jamás?

EL.

Teneis Beatriz razon,
y de esta descortesía
esta noche suponia
que me otorgárais perdon.

ELLA.

Por mí perdonado estais:
pero á fe que me alegrara
de haberos visto la cara.

EL.

Y ¿por qué lo deseais?

ELLA.

Porque yo siempre he vivido
como al claustro destinada,
dentro del claustro encerrada,
y allí nunca he conocido
nadie cuyo corazon
fuera conmigo sincero,
y habeis vos sido el primero
que me ha mostrado aficion.

EL.

No habeis amado jamás?

ELLA.

A Dios y á mis Padres sí,
que á ninguno conocí
que me interesára mas.

EL.

Pues yo os juro Beatriz
que á lograr yo interesaros
y mi amor comunicaros
fuera el hombre mas feliz.

ELLA.

Con que me amais?

EL.

Sí, á fe mia;
de veros desde el momento
no tuve otro pensamiento

ni de noche ni de dia.
Por veros un solo instante
no conociera temores
á los peligros mayores
que encontrára por delante.

ELLA.

Callad, callad.

EL.

Oigo ruido.

ELLA.

Van poco á poco una llave
volviendo..... mi hermano es ese;
santos del cielo amparadme.

EL.

Pedid solo á Dios por él
si es que os maltrata cobarde.

ELLA.

¡Ay! huid, que os va á matar.

EL.

Me conoce lo bastante
para tenerme respeto.

ELLA.

No. Idos.

EL.

Voime si os place.

Hízolo asi el misterioso
galan, lijero alejándose
como un gamo, y se perdió
por entre los matorrales.
Mas trémula é insegura
que las hojas de los arboles

quedó en la reja Beatriz
sin atreverse á quitarse.
Abrió á muy poco la puerta
su hermano, y á todas partes
mirando y viendo á su hermana
díjola airado: ¿qué haces?

BEATRIZ.

Nada, turbada repuso.

CARLOS.

Con quién hablabas?

BEATRIZ.

Con nadie.

CARLOS.

Pues jurára que oí voces.

BEATRIZ.

Seria el rumor de el aire.
Tosió Carlos, y entre dientes
murmurando airada frase
que ella no oyó, dijo recio:
«Ea, á cerrar y á acostarse.»
Cerró Beatriz las maderas,
mas al postigo quedándose
vióle tomar el sendero
que el forastero tomó antes.
Siguiéronle con afan
sus ojos, mas un instante
bastó á que se le ocultaran
los espesos matorrales.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

VII.

Despues de mas de una hora
de muy zozobrosa espera
los ojos de Beatriz
alcanzaron, de la espesa
sombra del monte saliendo,
y avanzando por la senda,
dos bultos que mas se aclaran
como á la quinta se acercan.
Conforme fueron llegando
fue su mano dando vuelta
al postigo por do mira,
y cuando ellos á la puerta
se pararon de la quinta,
oculta en la sombra ella,
ve y oye de la ventana
por una rendija estrecha.
Su hermano y el otro son;
y entrambos con voz resuelta
exige el uno, y el otro

resiste, desoye y niega:

EL BANDIDO.

Carlos, piensa lo que haces.

CARLOS.

De mas lo he pensado.

EL BANDIDO.

Piensa
que son ciertas mis palabras
y seguras mis promesas.
Yo tengo en la Corte amigos,
y uno á cuya voz primera
el Rey ha de dar por buenos
mis delitos y proezas.
Héle salvado dos veces
la vida en liza sangrienta,
recibiendo una lanzada
que me hizo quedar en tierra,
y á él estaba dirigida;
y en el punto en que yo quiera
en nombre de aquella lanza
valerme de sus ofertas
todo ha de ser olvidado,
todo, ¿lo entendeis?

CARLOS.

Muy buenas
serian tus esperanzas
como realizables fueran.

EL BANDIDO.

Pues bien, hay mas todavía:
toda la provincia entera
de mis asaltos nocturnos
con ira y pavor se acuerda;

los comerciantes mas ricos
aun inútilmente esperan
cantidades que en sus cajas
como déficit se cuentan.

CARLOS.

¡Tú propio de ello te alabas!

EL BANDIDO.

Escúchame y ten paciencia.
Yo nací rico, lo sabes;
los juegos y las pendencias,
en fiestas y en medicinas
sorbieron toda mi hacienda.
Soldado fuí, y honra tuve;
si una palabra en mi ofensa
del Rey abajo me dijo
alguien, le arranqué la lengua.
Me desterraron y huí;
mas me agovió la miseria,
y tolerarla no puede
quien no nació para ella.
Acogíme á las montañas,
juntéme con gente fiera
de la sociedad lanzada
por sus costumbres perversas.
La educacion y el valor
diéronme ventaja inmensa
sobre estas hordas salvajes,
y bien con maña ó con fuerza
hoy á mi voz obedecen
y me veo á su cabeza.
No se ha dado golpe en vago;
inmensurables riquezas

han venido á mi poder,
mas ¿sabes lo que hice de ellas?
con el oro que yo robo
otra persona comercia,
paga y mantiene mi gente,
y con secreto almacena
todas las prendas robadas
anotando nombre y señas
de sus dueños, á quien deben
volver cuando me convenga.
Yo no supe vivir pobre;
¿quién fiarme una peseta
sabiendo quien soy querria?
y en situacion tan extrema
lo que de grado no hallára
pensé en hallarlo por fuerza.
Todo el mundo me prestó
lo que en verdad no quisiera,
y á todo el mundo le debo
por mi valor mi riqueza.
Ahora bien, Carlos respóndeme.
Yo estoy pronto á dar mis cuentas
y á volver el capital
con que he rehecho mi hacienda:
el Rey me ofrece un indulto,
y gracia de una bandera
si al servicio de las armas
quiero volverme.... Contesta,
todo en gracia ha de caer
en obsequio á la manera
con que ha sido hecho, ¿tu hermana
podrá entonces ser la prenda

de la dicha que me alcance?

CARLOS.

Nunca.

EL BANDIDO.

Carlos, mira y piensa
que en ello va mi fortuna
y aun mi virtud venidera.

CARLOS.

Nunca.

EL BANDIDO.

Veo miserable
tu mezquindad manifiesta;
veo que aun no has olvidado
la bailarina francesa.

CARLOS.

Ni la olvidaré jamás.

EL BANDIDO.

Tienes el alma mas negra
que la crin de mi caballo
si la memoria conservas.
Ella eligió entre los dos.

CARLOS.

Lo sé.

EL BANDIDO.

¿De qué pues te quejas?

CARLOS.

Basta, Cesar; buenas noches.

EL BANDIDO.

Atiende, Carlos, espera.

CARLOS.

Es inútil cuanto digas.
Ya has oido mi respuesta

y ni olvido ni perdono.

EL BANDIDO.

Entonces Carlos recuerda
que te fié mis secretos
y guardarlos me interesa.
No abuses de ellos.

CARLOS.

Haré
lo que mejor me convenga.

EL BANDIDO.

Mas al mirar tu interes
ve tambien mi conveniencia,
porque uno con otro al cabo
tendremos que arreglar cuentas,
y ¡ay del que alcanzando quede!

CARLOS.

A sí cada cual atienda.

EL BANDIDO.

A sí cada cual.... comprendo
tus miserables ideas,
la inmensurable avaricia
que tu alma mezquina alberga.
No es el voto de tu Madre
lo que al monasterio lleva
á Beatriz, de Don Lucas
no es, no, la invencible y terca
preocupacion; tú solo
viva en el claustro la entierras.
Tú, solo tú, que en el oro
el móvil de tu existencia
tienes puesto: si; tú, Carlos,
que apeteces sus haciendas,

y para unirlas en tí
las intrigas no escaseas
ni escrupulizas los medios.
Mas vive Carlos alerta.

CARLOS.

Y alerta tú, miserable,
vive tambien, porque llega
el dia de la justicia.

EL BANDIDO.

Ten Carlos la torpe lengua,
que si llega el de la tuya
y es de Dios justicia recta
no sé yo cual de los dos
llevará peor sentencia.

CARLOS.

Sin apelar á ese fallo
jueces hay sobre la tierra.

EL BANDIDO. *(con desprecio.)*

Jueces hechos de abogados
como tú, que se reservan
la justicia para sí,
y para el prójimo piedras.

CARLOS.

Sea por fin como fuere
no ahondemos mas la materia,
y que piense cada cual
como mejor le parezca.
Y acabando de una vez,
sea el motivo cual sea,
ya mi sórdida avaricia,
ya la maternal promesa,

ha de ser monja mi hermana
ó cuanto valgo me cuesta.

EL BANDIDO.

Pues de una vez acabando,
Carlos, fuere la que quiera
mi razon, ya el odio á tí
ó mi amor para con ella,
tu hermana no será monja
ó me cuesta la cabeza.

CARLOS.

Pues si estimas un aviso
y en los hombros te interesa
conservala, desde ahora
por esta quinta no vuelvas.

EL BANDIDO.

Sea Carlos como quieres,
y si es que la tuya aprecias
no habites mucho esta quinta,
que es muy fragosa la sierra,
y al bajar alguna vez
por resbaladiza senda
puedes tropezar y hacerte
pedazos entre las peñas

CARLOS.

Conozco el piso.

EL BANDIDO.

No fies.

Y á Dios Carlos.

CARLOS.

A Dios Cesar.

Echó Cesar por el monte,
atrancó Carlos su puerta,
cerró Beatriz el postigo,
y quedó muda la escena.



VIII.

Todo lo oyó Beatriz: todo lo sabe,
y en lágrimas deshecha
lo irrevocable de su mal sospecha,
concibe al fin lo que en su hermano cabe.
Ve su avaricia y la fatal venganza
que en Cesar tomará, su amor primero
no olvidando jamás, con la esperanza
de á su hermana perder y al bandolero.
Todo lo sabe, sí; que en noble cuna
arrullado el bandido,
de enemiga fortuna,
vejado y perseguido,
sus bienes y sus grados ha perdido,
sus virtudes tal vez una por una;
mas no, ¡por Dios! que noble todavía
de una pasion purísima instigado
recuerda con honor que fue soldado,
recuerda su valor y su hidalguía;
y los medios buscando, á la carrera

volver intenta de la edad primera.
Él se batió animoso
por su Patria y su Rey; íntima, franca
conserva con un noble poderoso
ilesa su amistad, y esta le arranca
del deshonor en que olvidado vive
si admite sus propuestas,
y por viejo favor, favor recibe.
La larga cicatriz de la lanzada
por aquel recibida,
al noble impone obligacion sagrada
de pagarle la vida con la vida;
y á su honor tornará y á su grandeza,
y las fieras hazañas
de que el héroe fuera en las montañas,
miradas á través de su nobleza,
y á través de su ingenio y del indulto,
ya no serán por crímenes tenidos
sino por hechos de jigante bulto;
y tornará al ejército si quiere,
y tornará á la Corte,
ó vivirá feliz si le pluguiere
en el lugar donde morar quisiere
con elegida y cándida consorte.

Asi pensaba á solas en su lecho
la hermosa Beatriz, y asi crecia
el escondido amor que está en su pecho
aumentando ó calmando su agonía.
Y las dulces palabras del bandido,
y de su voz el mágico sonido,
y la bizarra y varonil figura

de aquel gallardo rey de la espesura,
y la grata memoria
de su variada y novelesca historia,
de sus juegos antiguos y amoríos,
apuestas, desafios,
y otros lances mas serios
velados en recónditos misterios,
todo á su mente viva se presenta,
y todo ello acrecienta
la oculta simpatía
que ya por él sentia
desde la noche que á la quinta vino
por los montes huyendo del destino.
Y todo esto que atiza
el fuego de un amor que aun no concibe,
el objeto á sus ojos diviniza
que á su pesar en su memoria vive.
Y con su imagen sueña,
y en delirio amoroso
como espíritu errante y luminoso
la contempla vagar de peña en peña
un porvenir mintiéndola dichoso.
«Ven, la dice tendiéndola los brazos
el fantasma hechicero,
ven; las torpes cadenas haz pedazos
del tirano poder que te sujeta,
y en brazos del perdido bandolero
encontrarás la libertad completa.»
Y sueña que la toma
la amiga aparicion sobre sus alas,
y va de loma en loma,
y va de cumbre en cumbre

á la pálida lumbre
de luna vaporosa
viendo la creacion maravillosa;
y descubriendo en los hendidos cascos
de los rudos y altísimos peñascos
los frescos manantiales trasparentes
que lanzan por las peñas sus vertientes,
y en los valles frondosos
tornados en arroyos caudalosos,
ó en fuentes cristalinas,
fecundan florecillas peregrinas
y espesas arboledas
de extendidos pinares y alamedas.
Y en medio del espacio la parece,
do el aire se refresca y se enrarece,
que alcanza de esmeraldas y topacios,
pagodas y palacios,
y las nubes con mágicos celajes
figuran sutilísimos encajes,
ejércitos de sombras caprichosas,
ya fieras ya graciosas,
que cruzan en diversos pelotones
del aire azul las cóncavas regiones.
Todo esto enamorada
sueña tal vez, llevada
en brazos de la sombra que la hechiza,
de la bella vision que diviniza.
Mas, ¡ay! que allá á lo lejos
de un astro ensangrentado á los reflejos
en nubarron de cárdenos colores,
preñado de vapores,
de su camino en la mitad se lanza

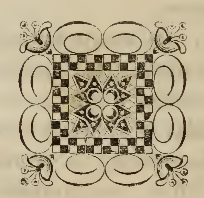
el pálido fantasma de su hermano,
y rompe sus delirios de esperanza
con enemiga é iracunda mano,
y agitada despierta
de la efectiva realidad incierta.
¡Ay triste..... triste Beatriz que adora
un delirio no mas! cuantos dolores
te va á traer la venidera aurora
tras esos pensamientos seductores.
¡Ay pobre Beatriz! suspira y llora.

—

¿Qué hace entretanto Carlos?
¿sueña tambien exaltacion futura?
¿tendrá al fin que dejarlos
realizar sus amores, su ventura?
¿cederá del bandido
al genio emprendedor? ¿teme su enojo?
témelo, si; mas corazon torcido,
pérfida hipocresía
á oponer va á su arrojo,
y en su destreza y sus amaños fia.
Cerrado en su aposento,
cuando aun apenas amanece el dia,
en planta pone su traidor intento:
y á la sed de venganza que le agita
el corazon cobarde le palpita.
En sus labios que el miedo descolora
brilla sonrisa atroz; honda revelan
sus pardos ojos intencion traidora,
y las miradas de sus ojos hielan.
Dificilmente toma
la desigual respiracion, y el pecho

que corroe del crimen la carcoma,
presta al aire sutil ámbito estrecho.
Y le tiembla la mano
mientras guia la pluma
con que el intento que emprendió villano
en billete fatal traza y consuma.
Dos veces le leyó despues de escrito,
dos veces le dejó sobre la mesa,
hasta que halló que en el papel maldito
su voluntad con su diccion expresa.
Otra vez todavía
le repasó al cerrarle,
y á cada doble que al papel hacia
aun tornaba un momento á repasarle.
Cerró el billete al fin, púsole oblea,
y á un jayan despertando
que en cercano aposento está roncando
y en quien peligro no hay de que lo lea,
toma, le dijo: á Córdoba volando!
lleva á mi Padre ese papel al punto:
y cuenta con que abrevies el camino,
que si en horas no llega á su destino
y no logro mi afan eres difunto.
Partió el jayan, y decidido fuése
á obedecer sumiso,
mas que al jaco que monta harto le pese
el trotar cuesta abajo y por mal piso.
Desde la alta ventana á que se asoma
vióle Carlos doblar la enhiesta loma,
un «Dios con bien te lleve» murmurando
y un segundo billete comenzando.
Mas breve y mas conciso que el primero

fue aquel, y con mas prisa concluido,
aunque con mas cuidado conducido,
á manos del bizarro bandolero.
Un ladino mancebo, tosco y astuto,
largo en malicia si de porte bruto,
se encargó del mensaje,
preparando con tiento en su memoria
una fingida historia
del término y motivo de su viaje.
Cuyas dos cosas juntas,
carísimo lector, como que tienen
de misterio sus puntas,
al caso en este número no vienen,
y á mas siendo (á mi juicio) mas perfectos
los relatos y escritos
do las causas se ven por los efectos,
porque escusan prefacios infinitos.
Informarte prefiero, y se me antoja
á vuelta de esta hoja
de lo que sucedió con los billetes,
y á ello es fuerza lector que te sujetes
aunque la relacion quede algo coja.



IX.

En la noche de aquel dia,
noche negra y melancólica
en que todo en torno calla
y todo en torno reposa:
en que tardía la luna
por el horizonte asoma
entre cenicientas nubes
que su luz pálida entoldan,
y en que á renovar convidan
dulces y antiguas memorias,
el aislamiento del alma,
la soledad silenciosa,
la tranquilidad del mundo
y el misterio de las sombras,
de pechos en su ventana
está Beatriz absorta
en secretos pensamientos
y consigo misma á solas.
El codo en el antepecho,

la sien en la palma apoya
de una mano, y la otra mano,
dejada á voluntad propia,
arranca el húmedo césped
que en el antepecho brota
con la humedad de la lluvia
y en la union de las baldosas.
Mas no cual la noche última
hoy en lo que piensa ignora;
no se elevan sus ideas
en cadena nunca rota,
naciendo unas do otras mueren,
y donde unas se evaporan
las otras patentizándose
mas ó menos luminosas
cual brotan de un manantial
una, diez, ciento, mil gotas;
no, que esta noche bien sabe
lo que piensa y lo que llora.
Todo el dia en su aposento
se estuvo encerrada y sola
pretestando una dolencia,
mas de su hermano la cólera
temiendo y las invectivas;
y Carlos que al plan que forja
mucho su ausencia conviene
para que no lo conozca,
pretestando al par negocios,
pasó la jornada toda
encerrado en su aposento
devorando su zozobra.
Así todo el dia tuvo

libre Beatriz, y en penosas
reflexiones malgastándola,
hasta que la noche lóbrega
por la enmarañada sierra
tendió su manto de sombras
y ella salió á la ventana.
Zumbaba en las ramas sorda
la voz del viento, doblando
y estremeciendo las hojas,
y los picos de las peñas
á lo lejos, y las copas
de los árboles fingian
mil visiones espantosas;
enormes masas sin luz
en cuyas enormes formas
la imaginacion mil fieras
apariciones coloca.
De este nocturno paisaje
la relacion misteriosa
con sus ideas contempla,
y no tan encantadora
la sonrie su esperanza
cual pensó la noche próxima;
y el mar de su porvenir
mas recio viento alborota.
Las palabras de su hermano,
la resolucion briosa
del bandido, guerra abierta
entre ambos á dos denotan.
Ofensas hay por en medio
que su hermano no perdona,
secretos hay que el bandido

defenderá á toda costa.
Monja ha de ser (dijo Carlos)
aunque cuanto valgo exponga.
Si va mi cabeza (dijo
el otro) no será monja.
Nada la dijo su hermano
en palabras injuriosas,
en denuestos ó amenazas;
aun no ha expresado su cólera,
ni aun se ha puesto ante su vista,
lo que prueba que recóndita
lleva la hiel preparada
de una venganza traidora.
Asi Beatriz medita
en su ventana á deshoras
de la noche, y asi estando
cercada de pavorosas
aunque fundadas visiones,
creyó en la empinada loma,
saliendo de las malezas,
distinguír una persona.
El corazon á su vista
con violencia latióla;
los ojos clavó en el bulto
cuyo contorno en las lóbregas
tinieblas no se distingue,
mas cuyos pasos se notan,
poco á poco aproximándose
por la vereda tortuosa.
Llegó por fin; era un hombre;
y en la plazoleta angosta
que delante de la quinta

deja la tierra escabrosa,
paróse como dudando.
Y al verle, la sangre toda
de Beatriz, aterrada,
al corazon se la agolpa.

EL BANDIDO.

Me esperábais.

BEATRIZ.

No por cierto,
y la Virgen piadosa
me olvide si esta venida
no es un gran pesar ahora.

EL BANDIDO.

¿Cómo pesar? ¿y la carta?

BEATRIZ.

¡Carta!

EL BANDIDO.

Expresiva, amorosa,
aunque indicando temores
y augurándome zozobras.
Leal vuestro mensajero
me la entregó en mano propia,
señalando el mismo sitio
que anoche y la misma hora.

BEATRIZ.

Mirad que yo no os entiendo.

EL BANDIDO *(mirando en derredor.)*

(Habrá moros en la costa
y disimula por eso.)

BEATRIZ.

Vuestra merced se equivoca:
yo no escribí carta alguna.

EL BANDIDO.

Aunque no entiendo, Señora,
el empeño de negármelo
cuando son justas congojas
las que la oculta venganza
de Carlos os ocasionan,
decid qué quereis de mí;
¿qué es lo que os place que oponga
contra sus pérfidos planes?
Si con maña artificiosa
le contrarreste, ó la fuerza
con la fuerza corresponda.
Vuestro esclavo soy, y el serlo
tengo á suerte tan dichosa
que nada puede arredrarme
por la que mi alma adora.
Conozco de vuestro hermano
la condicion ambiciosa,
y la suerte que os aguarda
si sus intenciones logra.
Si la fortuna le ayuda
libertad y hacienda os roba,
pues vuestro encierro y clausura
sus negros proyectos colma.
Iba á contestar Beatriz
á ofertas tan generosas
agradecidas palabras,
cuando á las aterradoras
voces de ¡*asirle*! ¡*matarle*!
como aparecidas sombras
por la puerta de la quinta
salieron varias personas

con arcabuces y sables,
con puñales y pistolas.
Ese es! ese es! exclamó
Don Carlos con voces roncas,
y se le echaron encima
con voracidad rabiosa.
Hízose atrás el bandido
empuñando su tizona,
y lanzando un grito agudo
que vibró largo en la atmósfera.
El eco en largo gemído
lo llevó de roca en roca
de las ásperas montañas
por las soledades cóncavas,
y al punto entre los peñascos
esta señal poderosa
hizo brotar seis bandidos
que de distancia harto corta
hicieron una descarga
oportuna y peligrosa.
Cayó Beatriz sin sentido,
sin que humano ser la acorra,
y trabóse en la maleza
liza sangrienta y dudosa.
Iba á la par por momentos
aumentándose la tropa
que por instancias de Carlos
iba llegando de Córdoba,
y creciendo su cuadrilla
como en las grutas mas hondas
se internaban los bandidos
con precaucion previsora.

Oíase entre el tumulto
la voz recia y vigorosa
de los jefes que mandaban,
y la voz aterradora
de los que heridos gemían
con las postreras congojas.
Mas se retraen los bandidos
que la peor parte logran,
y los soldados avanzan
aunque en marcha cautelosa.
De mata en mata, de arbol
en arbol, de roca en roca,
ganan los unos la tierra
que los otros abandonan:
y asi seguian trepando
por las cuestas montañosas,
cuando cesó de repente
la liza tumultuosa.
Como obedece á un conjuro
turba de duendes diabólica,
cual desparecen al soplo
de un torbellino las hojas,
cual leve monton de espuma
que se sume entre las ondas,
hundiéronse los bandidos
entre la espesura lóbrega.
Hicieron alto los otros
temiendo emboscada próxima,
comentariando las causas
de tan extraña maniobra.
Dueños del campo se quedan,
mas parece su victoria

más que triunfo vencimiento,
pues nadie traspasar osa
á la otra parte del monte,
ni nadie la suerte próspera
con voz alegre celebra
de las armas vencedoras.
Volviéronse recelosos
por las gargantas tortuosas
de la montaña á la quinta;
y antes de apuntar la aurora,
sin atreverse á seguir
del bandido la derrota,
con dos ó tres prisioneros
se tornaron para Córdoba.
Y en vano los tribunales
á los presos interrogan,
fieles á su capitan
van en silencio á la horca.



X.

En rápida barquilla
de flores coronada,
las cristalinas ondas
surcamos al nacer,
y el ánima inocente
navega confiada
en cándida ignorancia
sin riesgos que temer.

—

¡Ay! es tan bello entonces
el mar! ¡tan engañoso
sus limpias aguas dora
reverberando el sol!
¿Quién no se augura entonces
un dia tan dichoso,
cual bello es su tranquilo
y espléndido arreból!

—

Mas ¡ay! cual son del hombre

los vanos pensamientos,
los planes de ventura,
de dicha y ambicion!
Eternamente mira
fallidos sus intentos,
y solo alcanza sombras
su pobre corazon.

—

Borrascas de la vida
las sórdidas pasiones
de la ventura humana
se lanzan sobre el mar.
Del porvenir el faro
espesos nubarrones
sorben, y va la nave
sin rumbo y al azár.

—

¿Quién guia su barquilla
perdida y maltratada
por las tinieblas densas
de la tormenta atroz?
¿A qué remota orilla
podrá desconsolada
llegar del marinero
la moribunda voz?

—

Los vientos arrebatan
sus lúgubres lamentos,
mas no para que lleguen
á oidos de piedad;
los llevan para ahogarlos
en medio de los vientos,

para aumentar con ellos
la horrenda tempestad.

—

Todo en redor es noche;
en vano el ojo anhela
la luz hallar lejana
de un astro tutelar;
tinieblas ve tan solo;
ni un astro, ni una vela
por el nublado cielo,
por el furioso mar.

—

¿Adonde está, hácia dónde
la abandonada orilla?
¿adonde la esperanza
que nos lanzó á salir
de la segura playa?
¡Ay mísera barquilla,
ya Dios tan solo sabe
cuál es tu porvenir!

—

¡Tal es de las pasiones
el lóbrego misterio!
¡el mar desconocido
de nuestra suerte tal!
Amor nos lleva á ciegas
por su escabroso imperio,
llamando paraiso
lo que es un arenal.

—

Así camina á ciegas
la niña enamorada,

así Beatriz navega
el mar de su pasion,
batida de los vientos,
de escollos circundada,
en su barquilla frágil
sin vela y sin timon.

—

Las viles asechanzas
de su ambicioso hermano
la minan su ventura,
la acechan por do quier.
¿Qué hará, mansa paloma
en garras del milano?
¿contra el injusto mundo
qué hará débil mujer?

—

Un voto, (que hizo al cabo
supersticion impía)
á odiosa la condena
y eterna reclusion...
Cuando ella enamorada
lamenta noche y dia
el ídolo perdido
que adora el corazon.

—

¿Qué ha sido de Don Cesar?
¿quién fue, ¡contrario infame!
de la nocturna cita
el miserable autor?
En vano es que le busque,
en vano que le llame,
açaso las montañas

son tumba de su amor.

—

¡Terrible fué el combate!
tremendo era el ruido
que por las huecas peñas
crujía sin cesar:
de las descargas recias
el cóncavo estampido
no puede de su mente
ni oidos desechar.

—

¡Ay! vió los prisioneros;
ha visto los heridos;
mil veces de la lucha
oyó la relacion;
no dan los vencedores,
no tienen los vencidos
noticias del que adora
su triste corazon.

—

Las noches pasa enteras
velando en su ventana,
los ojos en la selva
por si le ve llegar;
y acláranse las sombras,
y apunta la mañana,
y á quien aguardâ ansiosa
no llega á su pesar.

—

Si la ama cuando sabe
que abandonada queda,
cuando su amor oculto

tal vez le confesó,
¿será que desprenderse
de sus promesas pueda?
¿será que solo quiso
escarmentarla? ah, no.

—

Que oyó las decididas
palabras generosas
que dirigió á Don Carlos
de su ventana al pie.
Cuando dejar ansiando
sus cuevas montañosas
pidió su mano en prenda
de su futura fe.

—

Y asi camina á ciegas
la niña enamorada,
asi Beatriz navega
el mar de su pasion.
Batida de los vientos,
de escollos circundada
su mísera barquilla
sin vela y sin timon.

—

¡Tal es de las pasiones
el lóbrego misterio,
el mar desconocido
de nuestra suerte tal!
Amor nos lleva á ciegas
por su escabroso imperio,
y llama paraiso
lo que es un arenal.

XI.

Al cabo de unos dias en la estancia
de la triste Beatriz, Carlos entró,
severo el gesto, pálido el semblante
y alegre el corazon.

—

Que aunque pesar, vigilia y sufrimiento
remeda con hipócrita exterior
recóndito placer mora en su alma,
colmando su traicion

—

Con gesto frio, con desden altivo,
que muestra que le infunde solo horror,
y sin volver el rostro por no verle,
Beatriz le recibió.

—

Y él en pie en la mitad del aposento,
ella hundida en el cóncavo sillon,
entre el hermano y la infeliz hermana
tal plática cruzó.

DON CARLOS.

Ya ves que el tiempo se pasa,
y dice el Doctor que ya
tu salud completa está.
¿Qué hacemos en esta casa?

BEATRIZ.

No disimules hermano
lo que pretendes de mí,
que estoy hecha á ver en tí
mas que un amigo un tirano.

DON CARLOS.

En mí Beatriz! ¿qué razon?

BEATRIZ.

Deja esa humildad, que es vana
para quien de esa ventana
oyó una conversacion.

DON CARLOS.

¡Qué dices!

BEATRIZ.

Lo cierto digo:
ha de ser monja dijiste
pese á quien pese.

DON CARLOS.

¿Lo oiste
tú?

BEATRIZ.

Sí, por ese postigo.

DON CARLOS.

Pues bien, ya no hay disimulo,
pues lo oiste eso ha de ser;
que tu no te has de oponer
al santo voto calculo.

BEATRIZ.

Mucho me abrieron los ojos
sus razones, y por eso
que siento en mi te confieso
de no ir al convento antojos.

DON CARLOS.

¿Qué es lo que hablas, Beatriz?

BEATRIZ.

Joven y hermosa, á mi ver
me figuro que he de ser
en el mundo mas feliz.
Justo es consagrarse á Dios
con un corazon leal,
pero se parte muy mal
un corazon entre dos.

DON CARLOS.

¡Le amas! infame.

BEATRIZ.

Sí, le amo.
Desque vi tu falsedad,
de su amor mi voluntad
escuchó el dulce reclamo.
Terrible es la tentacion
y en mi resistir no cabe,
mas Dios es benigno, y sabe
que hizo flaco al corazon.
Un vértigo irresistible
mi mente débil trastorna,
y en otra mujer me torna
un talisman invisible.
Amparo en mi duelo imploro,
mas en alas del deseo

por todas partes le veo,
en todas partes le adoro.

DON CARLOS.

¡Oh vil corazon de tierra,
que consagrado al altar
no quieres impío ahogar
el amor que en ti se encierra!
¿Sabes que el convento es
tu fatalidad, tu sino?
es el único camino
que te se abre ante los pies.
Cuantos mundanales lazos
le interpongas ¡insensata!
ese poder los desata,
sí, los hace mil pedazos.
Corre, pues, del mundo en pos,
mas mira, necia mujer,
como se muestra el poder
y la voluntad de Dios.

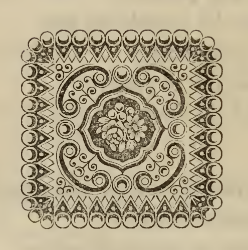
Y asi Carlos diciendo, unos papeles
á Beatriz atónita entregó,
y al recibirlos su abrasada mano
tembló y su corazon.
Asaltóla fatal presentimiento,
y una ojeada veloz
echando á los papeles, la sentencia
del bandido leyó.

Preso en su fuga en ominosa carcel
fue sepultado y condenado en pos,

y en el dia siguiente ser debia
puesto en manos del fiero ejecutor.

—

Los ojos á la fecha del impreso
la desolada Beatriz tendió,
y desplomóse en tierra sin sentido.
La fecha era tres dias anterior.



XII.

Treinta dias despues, una mañana,
en una estrecha celda del convento
donde estuvo Beatriz, agudo acento
sonó de una campana.
Y á su cóncavo son estremecidas
dos personas que habia en su recinto,
en un suspiro lúgubre y distinto
dieron señal de conservar sus vidas.
Mas de una hora de silencio triste
dentro del aposento ambas pasaron,
severo el hombre y la mujer llorosa:
mas de una hora lenta y silenciosa
la campana esperaron.
Una mujer y un hombre
los que aguardaban eran,
ella en espeso velo
velar quiere su faz, y desconsuelo,
y en consecuencia callaré su nombre.
El hombre era un mancebo que embozado

sin ceremonia alguna hasta los ojos
mostraba los enojos
que tal vez le traian acuitado,
en su inquieta mirada
y en su postura incómoda y forzada.
De la campana al son él fue el primero
que se alzó de su silla,
y la faz melancólica, amarilla
de Don Carlos mostró bajo el sombrero.
Fijó en su compañera
una de sus miradas
confusas y taimadas,
entre desconfiada y altanera,
y con pausada voz y bronco acento
asi la dijo, y contestóle ella
de grave reflexion tras un momento.

DON CARLOS.

¿Con que profesas por fin?

BEATRIZ.

Es la voluntad de Dios.

DON CARLOS.

Y te sometes con gusto.

BEATRIZ.

Con santa resignacion.
Cuanto estorbarlo pudiera
de delante me quitó,
abrió bajo de mis plantas
la senda de salvacion,
y el rumbo de mi destino
tan claramente marcó,
que no tuve voluntad
ni escusa en tal eleccion.

Amor sentí solamente
por un hombre que murió,
y por el cual siempre hubiera
vacilado el corazon.
Tal vez en este momento,
al elegirme un señor,
tornárame á él si viviera,
mas no es dura imposicion
la que de este amor exige
el destino vengador,
si me condena á vivir
en silencio y oracion,
rogando por él al cielo
que mi inocencia miró.
Y esto baste hermano mio
de este asunto entre los dos,
olvido al umbral del claustro
lo que en el mundo pasó.
Sed, pues, hermano Don Carlos
en él tan dichoso vos
como en mi celda encerrada
ser dichosa espero yo.
Yo os perdono los pesares
de que habeis sido ocasion,
todo cuanto á mi me toca,
el mal que á él hicisteis, no.

DON CARLOS.

Fue guerra noble y leal,
suya la provocacion,
tuve mas suerte ó mas tino,
y yo vencí y él cayó,

BEATRIZ.

Callad hipócrita vil,
callad lengua de escorpion,
no le vencisteis cual noble,
le vencisteis cual traidor.

DON CARLOS.

¡Beatriz!

BEATRIZ.

Basta: vendrá un dia
en que á la par el y yo
os demandemos su muerte
ante el tribunal de Dios.

DON CARLOS.

No faltaré á responderos.

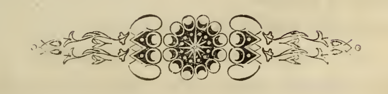
BEATRIZ.

Basta, hombre sin corazon;
quede desde este momento
todo el mundo entre los dos.
Yo cumplo asi de mi Madre
el voto, y guardo mi honor,
y vos cumplis los deseos
de vuestra enorme ambicion.

—

Y en esto oyéronse pasos
en el largo corredor
do estaba abierta la celda,
y entraron en procesion
con blandones en las manos,
grande aparato y rumor,
las monjas con el obispo
que á la monja apadrinó,
y el coro de los cantores

y el padre predicador.
Y tras muchas ceremonias,
y tras de larga oracion,
llevaron á Beatriz
al ara en que profesó.
Nadie preguntó en la iglesia
si tenia vocacion
para monja la novicia,
ni si iba gustosa ó no.
Hubo por oir y ver
las ceremonias mejor
alfilerazos de á tercia,
grita, vaiven y empujon.
Mucha música de orquesta,
mucho chantre de honda voz,
muchos chicos, muchos calvos,
muchos mozos de intencion
muy profana, y de curiosos
incomparable monton,
muchísima irreverencia
y muchísimo calor.
Y con esta tumultuosa,
solemne inauguracion,
vió el pueblo una fiesta mas
y Beatriz monja quedó.



XIII.

Quedó monja Beatriz, lector querido,
y aunque triste, tranquila
á su suerte con fe se ha sometido,
y en ella no vacila.
Los usos del convento
no la molestan ya, ni el abandono
del claustro apesadúmbrala un momento.
De santa calma y de virtud modelo,
olvidada del mundo,
vive esperando en el futuro cielo.
Delicioso y suave, aunque profundo,
recuerdo de pesar tal vez la acosa,
y aunque al silencio y la oracion acude,
la sombra de Don Cesar amorosa
no aleja ni sacude
de su mente exaltada y calurosa.
Mas ¡ay! vision de su alma solamente
en su memoria solamente vive,
solo ella la concibe

para adorar en ella eternamente.
Mas muerto ya el galan, de su memoria
por apartar no lucha
su desdichada historia,
y de su corazon la voz escucha.
Y en su oracion acaso solitaria,
tal vez la niña ignora
si cuando atenta ora
á él ó *por él* dirige su plegaria.
Asi pasa la vida
la hermosa Beatriz, á su fortuna
con calma sometida,
y al mundo vil sin conservar ninguna
aficion corrompida.
Y asi un dia en el coro,
en hora bien temprana,
salmos al son del órgano sonoro
elevaba á la Virgen soberana,
y con intensa devocion oia
los divinos oficios, y los ojos
en el lejano altar fijos tenia,
cuando como una sombra que evocada
de la tumba saliera,
la figura de un hombre recatada
cruzó la nave, y rápida mirada
fijó en los ojos de la monja, y fiera
convulsion asaltó de la novicia
el corazon medroso;
y algun atento observador dijera
que su vista fatal la maleficia.
El hombre misterioso
se arrodilló del coro ante la reja,

y aunque vuelto de espaldas, el embozo
su contorno real mirar no deja,
muestran que es noble y mozo
la rizada guedeja
que asoma sobre el cuello,
y el puño que se alcanza de su espada,
con primor cincelada,
de su señor en él la cifra y sello.
Los ojos de la monja
si fuego en vez de luces despidieran
la espalda del incógnito abrasáran,
y á fe que presto su atencion llamáran
y á los suyos sus ojos se volvieran.
Inmóvil, afanosa
en batalla interior, mas no expresada,
mas de una hora mortal la niña hermosa
de hinojos se mantuvo, y su mirada
no se apartó del hombre misterioso
que oraba ante la reja silencioso;
mil lisonjeros sueños,
mil bellas fantasías,
mil fútiles manías
la mente la asaltaban,
y el débil corazon la estremecian
con mentidos delirios halagüeños.
Y los oficios ya se concluian,
y del coro las monjas se alejaban,
y el hombre estaba en su lugar de hinojos
y Beatriz en él fijos los ojos.
De devocion esceso lo juzgaron,
y la madre Abadesa
dió de no interrumpirla órden expresa,

y en el coro á Beatriz sola dejaron.
El embozado entonces
apoyando en las verjas una mano
para ponerse en pie, dejó profano
un billete caer sobre la alfombra
delante de la monja, y la ancha nave
volvió á cruzar como evocada sombra.
Asió maquinalmente
el billete Beatriz, y aquel parándose
delante del umbral, desembozándose,
su faz mostró á la monja de repente.
Dió un grito Beatriz hondo y doliente,
á los hierros del coro abalanzándose;
mas en el punto mismo,
levantando el tapiz huyó el incógnito
cual si sorbido hubiérale el abismo.
¡Con cuánto afan leia
un momento despues allá en su celda
el billete Beatriz! Y aun no queria
dar á la realidad asentimiento,
porque en su pensamiento
la realidad amarga no cabia.
Mil veces le leyó y otras mil veces
tornó á su negra duda,
hizo y dijo un monton de insensateces
sin razon que la acuda.
Ya sin tino reia,
ya doliente lloraba,
ya con íntimo afan desesperaba,
y á voces su destino maldecia
y la faz se mesaba.
¿Con que vive? (decia)

¿vive? ¡necia de mí! y en este encierro
mientras él por el siglo me buscaba
labré mi tumba y preparé mi entierro!
Llámame desleal, pérfida, ingrata
y de mí se despide
¡el pesar ó la cólera me mata!
Y parte! y el misterio de su muerte
no explica en su papel.... ¡Cielos tiranos,
con qué estrella nací! ¡cuán dura suerte
me dan vuestros decretos inhumanos!
Y así Beatriz diciendo,
y con furia inaudita,
el billete en pedazos esparciendo
en un hondo sitial se precipita,
contener no pudiendo
la extraña convulsion con que se agita.

—

Mil proyectos insensatos,
mil ideas de esperanza,
el despecho y la venganza
ofuscando su razon
la traen al pensamiento,
y la ira y la amargura,
y el coraje y la pavura
la roen el corazon.

—

Profunda melancolía
á traicion se le devora,
víbora envenenadora
que con él ha de acabar,
y lenta é inextinguible,
que ni respirar la deja,

fiebre ardorosa la aqueja
que se aumenta sin cesar.

—

Hierve en sus venas la sangre
sin alivio de un momento,
acosan su pensamiento
mil delirios en tropel:
asaltan su fantasía
mil imposibles antojos,
y llanto vierten sus ojos
mas amargo que la hiel.

—

Y despues de largas horas
de buscarla en el convento
la hallaron en su aposento
casi fuera de razon,
y temiendo por su vida,
su palidéz contemplando ,
remedios amontonando
en su torno en confusion.

—

Las pobres madres atónitas
con los deseos mejores
enviaron por sus Doctores
con precisa prontitud;
mas una sola palabra
de Beatriz no sacaron,
ni de sus drogas lograron
probar la oculta virtud.

—

Los miserables empíricos
no aciertan con su dolencia,

nadie logrará la ausencia
de su repentino mal;
y en vano su ciencia apuran,
sus elíxires destilan
en vano; no, no aniquilan
aquella fiebre infernal.

—

¡Pobre niña! consumida
por fuego íntimo y secreto
busca en vano un amuleto
contra tal desolacion;
mas en vano los Doctores
con sus brebajes la afligen
si del mal está el origen
en su ardiente corazon.

—

¡Ay! ¿qué saben quien su llanto
ocasiona y sus suspiros,
ni quien tan fatales giros
á sus desvaríos da?
«Lejos de mi! grita á impulso
de su horrible calentura,
¡vuestra vista es mi tortura!
¡quién de vos me librará!

—

Lejos de mí! lejos, lejos!
fieros espectros con tocas,
que con hipócritas bocas
me predicais la virtud,
y con fraternales manos
me habeis tejido este traje
con que mas horrenda baje

despechada al ataud.

—

Lejos, dejadme tranquila!
me estais ahogando... aire dadme,
abrid las rejas... dejadme
el ambiente respirar...»
Y asi Beatriz diciendo
se desespera y se agita
con violencia inaudita,
con iracundo pesar.

—

Hasta que al cabo la fiebre
la debilita y la esténua
y en un letargo se aténua
de su delirio el ardor,
y las madres aterradas
conjuran con oraciones
de sus horrendas visiones
el tropel fascinador.

—

Mas ¿quién sabe lo que puede
de una pasion el arrojo?
como á impulsos de un antojo
de enfermo que la asaltó,
pálida como un espectro
á la mañana siguiente
en el coro de repente
Beatriz se presentó.

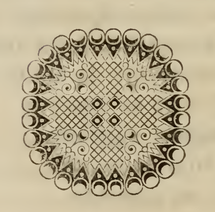
—

Hincóse junto á la reja
grave devocion fingiendo
y las miradas tendiendo

por el templo desde allí,
y en un pilar apoyado
con semblante de tristeza
vió al misterioso embozado
aunque grave y sobre sí.

—

¡Y quién medir osaria
hasta qué término alcanza
el arrojo y la esperanza
de una rebelde pasion!
Nadie; es un libro cerrado
de quien nadie sabe el uso:
secretos son que Dios puso
del hombre en el corazon.



XIV.

Una semana despues,
y en noche sombría y triste,
mientras doblaba en la torre
el esquilon de maitines,
por un callejon estrecho
y lóbrego, donde límites
tiene el convento, y do llegan
las tapias de los jardines,
ponia un hombre una escala
sobre ellas, y á que le inviten
con seña quedó esperando
de aquella escala á servirse.
Favorécele la noche,
que es tan oscura, que impide,
que las tinieblas rasgando
ni un astro en el cielo brille.
Aspero viento de octubre
azota la tierra, y gime
próxima lluvia anunciando

con neblina imperceptible.
Todo en la ciudad reposa,
ni un viviente se percibe
por las calles, ni una luz
que turbia las ilumine.
Solo á lo lejos se escuchan
las agudas y sutiles
notas del canto del gallo,
y el ronco son que al oirle
lanzan ladrando los perros
y que los ecos repiten,
y no hay en el barrio entero
quien por el barrio vigile.
Medrosas horas son estas,
y que el espíritu afligen,
porque despiertan los vanos
sueños que en el alma viven,
horas en que mil fantasmas
se levantan invisibles,
y alrededor nuestro vagan
y que nuestra fe persiguen
por ver si logran acaso,
que la fe nuestra vacile
con el pavor y el recelo
que al corazon comuniquen.
Horas medrosas son estas,
porque siempre las eligen
los que crímenes proyectan
para sus juntas y crímenes.
Mas sin pavor ni recelo,
con ánimo osado y firme,
el de la escala la calle

con pasos pausados mide.
De cuando en cuando parándose
hasta el aliento reprime
por si oye lo que sin duda
espera que ha de advertirle.
Mas ni la calma le enoja,
ni la neblina que sigue
calando sutil su capa:
ni en si pueden descubrirle
piensa, segun lo tranquilo
que permanece, el repique
oyendo del esquilon
y el eco de los maitines,
que viene á ahogarse en los aires
que hiende apenas sensible.
Señal cautelosa en esto
sonó dentro los jardines
del convento, y de la escala
empezó el hombre á servirse.
Recogióla desde arriba,
y comenzando á escurrirse
del lado opuesto, la calle
dejó enteramente libre.

—

Y en un retirado asiento,
escondido entre unos árboles,
entre sentada y tendida
una mujer triste yace.
Y el hombre que por las tapias
saltó, á sus pies arrojándose
asi la dice, y asi ella
en los brazos estrechándole.

ELLA.

¡Con que es verdad que no has muerto!

EL.

Solo un hombre tan infame
como tu hermano pudiera
tan gran falsedad contarte.

ELLA.

Mas yo leí tu sentencia.

EL.

Si, pero tres dias antes
del indulto que el Rey quiso,
como yo esperaba, enviarme.

ELLA.

¡Ay necia que le he creido!

EL.

Espero que sincerarme
no necesito contigo
de mis hechos ni mi sangre.

ELLA.

No, Cesar, que los conozco
desque una noche escuchándote
os sorprendí en mi ventana,
pidiendo á Dios que me amases
como yo te amaba á tí
de verte desde el instante.

DON CESAR.

Maldita sea, Beatriz,
mi fortuna miserable!
Si entonces mi entendimiento
el porvenir penetrase,
no con tu hermano mi tiempo
pasára en pláticas tales.

El corazon á estocadas
valiera mas traspasarle.
¡Oh! mi conciencia está libre,
mis hazañas criminales
como chistes se celebran;
poseo riquezas grandes
y un valor tradicional
que de mucho me precave;
yo tengo Patria y amigos;
mas, ¿qué todo ello me vale
si el único bien que anhelo
es solo el que no me cabe?
¡Ah te engañaron, Beatriz,
y á mi debieron matarme!

BEATRIZ.

Me aterras, Cesar! ¿Acaso
mi monjío es mal tan grave
que no queda medio alguno....?

DON CESAR.

¡Oh, calla inocente! nadie
puede romper tus cadenas
con motivo semejante.
Si la voluntad de todos
en este negocio entrase,
yo lo compusiera en Roma
á costa de mis caudales.
Pero opuesta tu familia
mas que á tu amor á tu enlace,
y expuestos de ese Don Carlos
á los ardides cobardes
es imposible del todo.

BEATRIZ.

Tu quieres desesperarme;
tus palabras son efugios
solo para abandonarme.

DON CESAR.

Calla, Beatriz, que me ofendes:
no hay sacrificios capaces
de contener mi ardimiento
cuando de tu amor se trate.

BEATRIZ.

Pues bien, huyamos de aquí,
Cesar; de este infierno sácame,
donde sabiendo que vives
imposible es sujetarme.
Yo misma, sí, con mis manos,
sin que mucho tiempo tarde
me daré muerte, si pronto
no me matan mis pesares.
Sé, Cesar, que son ahora
mis intentos criminales,
mas no me culpen á mí
sino á la suerte implacable.

DON CESAR.

Pero y los votos!

BEATRIZ.

Son nulos
pues los pronuncié ignorante,
despechada de perderte,
de la voluntad sin parte.

DON CESAR.

Ay Beatriz, todo el mundo
no pudiera, no, aterrarme

con su justicia impotente,
ni sus leyes despreciables,
no hay peligros en la tierra
que me arredren ni me espanten,
mas creo en el cielo y temo
contra su ley revelarme!

BEATRIZ *(levantándose.)*

Ya me lo temia, ¡imbécil!
A Dios para siempre, parte!

DON CESAR.

Aguarda, Beatriz, escucha.

BEATRIZ.

Ya á espacio podrás hallarme.

DON CESAR.

¿Adonde?

BEATRIZ.

En la eternidad,
á donde voy á esperarte.

DON CESAR.

No, vive Dios; despechada
no has de quedar, ni marcharme
podré yo falso creyéndome,
ni asi enojada dejándote.
Habla, ¿qué quieres? ¿qué exiges?
Los horrendos peñascales
de Córdoba están abiertos:
si las fronteras distantes;
si no hay tiempo á otras regiones
lejanas para llevarte
volveré á ser bandolero.
¡Elige, pues, si te place!

BEATRIZ.

Ah, tú eres, sí, te conozco
en tus ofertas leales;
tú eres, sí, tú eres mi Cesar
siempre generoso y grande.
Vamos, pues.

DON CESAR.

Hoy imposible:
nuestra fuga que prepare
deja, ó disponte á morir
malogrados esos planes
de felicidad futura.

BEATRIZ.

¿Cuándo, pues?

DON CESAR.

Cuando? cuanto antes.

BEATRIZ.

Mañana mismo.

DON CESAR.

Mañana.
Yo haré que nada nos falte;
caballos, oro y amigos
que las espaldas nos guarden.

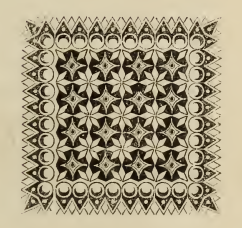
BEATRIZ.

A Dios, pues, y hasta mañana,
que ya las hermanas salen
del coro, y acaso á mi celda
vaya alguna á visitarme
de mi salud cuidadosa

DON CESAR.

Ve, y mañana alerta estate

Cruzó la monja el jardin,
y el bandido asegurándose
de la pared por la escala
volvió á bajar á la calle.
Quedó otra vez en silencio
todo allí, y volvió á escucharse
en la oscuridad tranquila
el son del agua y del aire.



XV.

Si debe temer al cielo
quien en nombre suyo jura,
por un objeto de tierra
promesa mundana y sucia.
¿Qué no ha de temer quien votos
á faz del cielo pronuncia,
y temerario los rompe
y con voluntad segura?
Asi los sabios lo dicen,
y las sacras Escrituras
cuentan ejemplos que muestran
de Dios la venganza justa.
No hay nadie que á Dios iguale,
y con ningun ser en suma,
lo que se le ofrece á Dios
puede dividirse nunca.

—

Es la apalabrada noche
para la resuelta fuga
de Beatriz, y la hora

señalada el reló anuncia.
Don Cesar está en la calle
á la sombra de la única
puerta que hay en toda ella,
y entre dos postes oculta.
Beatriz en la misma hora
con planta medrosa cruza
del gótico monasterio
las galerías oscuras.
Su misma accion criminal
que su conciencia la acusa,
el corazon y la mente
la amedrentan y la turban.
Flaquéanle las rodillas,
y con la congoja suda,
y mil temores la asaltan,
mil diabólicas figuras
presentándola á los ojos
que feas sombras la anublan,
y de medrosas memorias
recordándola ancha turba.
Una bujía en la mano
lleva, que apenas alumbra
sus pasos, porque vacila
al soplo del aura húmeda,
y cuyo explendor escaso
tragan, consumen y ofuscan
las jigantes dimensiones
de las estancias que ocupa.
Llegó por fin poco á poco
á merced de su luz turbia,
al coro que abandonado

yace en soledad profunda.
Ante un altar do hay un Cristo
de primorosa escultura,
una lámpara de plata
esparce luz moribunda.
Ya sus trémulos reflejos
en muchedumbre confusa,
cuantos objetos se alcanzan
se confunden y se ofuscan.
Una llamarada á veces
todos los mezcla y los junta,
de modo que se recela
que las bóvedas se hundan;
y otra llamarada á veces
con su claridad sulfúrea
los aleja de tal modo
que se pierden en la hondura
de la masa de tinieblas
en que los cerca y sepulta.
Fuerza es que á la pobre monja
respeto y pavor infunda
tal lugar, y con el miedo
que sus creencias abulta.
Mas con un violento esfuerzo
sobre su misma pavura,
avanzó al medio del coro
hácia la puerta que busca.
Involuntario respeto,
fe que el corazon la impulsa
en semejante momento,
y antigua costumbre justa,
la hicieron arrodillarse

ante la santa escultura
del divino Redentor.
Mas ¡cielos! ¡cuál fue su angustia
cuando al querer levantarse
sintió que una mano enjuta
la asía por los cabellos.
Y una voz oyó mas ruda,
mas poderosa que el eco
que con el trueno retumba,
que la dijo: «dónde vas!»
enojada é iracunda.
Cayó Beatriz en tierra
sin sentidos que la acudan,
y apagándose la lámpara
todo quedó en sombra muda.

—

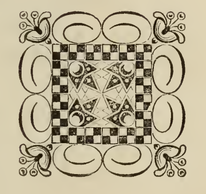
Pasaba en tanto la noche,
y allá en la calle Don Cesar,
hora tras hora aguardando
pasaba la antigua seña.
Mas nada en torno se escucha,
nada en los jardines suena
mas que el rumor de las ramas
que agita el viento que arrecia.
La lluvia cae aumentándose
tan furiosa y tan espesa,
que aun á pesar del embozo
la faz le azota y le ciega.
Noche de angustia y de duelo,
terrible noche es aquella
en que hasta los elementos
á sus proyectos atentan.

Por fin de esperar cansado,
y viendo ya al alba cerca,
juzgó que para otra noche
su fuga la monja deja.
Mañana volveré, dijo,
en los oficios á verla
y explicará este misterio
una carta ó una seña.
Y asi pensando, embozándose
precavido hasta las cejas,
á abandonar se dispuso
la lóbrega callejuela.
Mas al llegar á la esquina
otro embozado que llega
de la otra parte á doblarla
casi por la misma acera:
«Quién va?» dijo echando mano
al estoque.—«Sea quien quiera,
»pasad por vuestro camino
»que estorbároslo no intenta»
—Yo conozco vuestra voz.
—Y yo conozco la vuestra.
—No me ayuda la memoria
á poder reconocerla.
—Ni á mi tampoco, aunque siento
que la sangre se me altera
tan solo con escucharla.
—Mas ¡voto á Dios, tú eres Cesar!
—Y tu Carlos.—Sí.—Defiéndete.
—Y tú tambien, porque acierta
mi corazon el motivo
porque en tal sitio te encuentras.

—Por tu hermana solamente
que te maldice en su celda,
y que de toda su vida
te pedirá un dia cuentas.
—No serán mientras yo aliente
realizadas sus ideas.
—Habla menos y da mas
que se agota mi paciencia.
—Ven pues.
—Voy y Dios te ayude,
que pues nos junta lo aprueba.

Chocáronse con estrépito
las hojas en las tinieblas,
y comenzaron las manos
donde acabaron las lenguas.
Con ira riñe Don Carlos,
y con coraje Don Cesar,
y ambos muestran igual brio
y entrambos igual destreza.
Ni el uno ni el otro ceden,
ni pierden un pie de tierra,
clavados están los dos
por las plantas á las piedras.
Cansado Don Carlos ya
de ver tan igual pelea,
todo á un golpe lo aventura
con cólera manifiesta;
mas una fiera estocada
al tirar contra Don Cesar,
y huyendo este, y dando en vago
fuésele el cuerpo tras ella.

Y el enemigo que á tiempo
ventaja tal aprovecha,
pasóle de parte á parte,
y dió blasfemando en tierra.
Brotó espumosa la sangre
por las dos bocas opuestas
que en la espalda y en el pecho
dejó el ancho hierro abiertas,
y el espíritu Don Carlos
lanzando á la par por ellas,
quedó en la calle sin vida,
y huyó vengado Don Cesar.



XVI.

CONCLUSION.

A la mañana siguiente
y apenas despuntó el sol,
ya Don Cesar á la puerta
del convento se apostó:
y apenas abrió el portero
el claveteado porton,
en un rincon de la iglesia
cual siempre se colocó.
La hora de los oficios
vibró lenta en el reló,
y doblaron las campanas
con desusado clamor.
Fueron al coro las monjas
saliendo de dos en dos,
y colocándose fueron
de un féretro en derredor;

y en vez de salmos alegres
de los justos en loor
los salmos de los difuntos
cantaron en ronco son.
Sus solícitas miradas
por todo el coro tendió
Don César, mas quedó al punto
petrificado de horror.
La sangre cesó en sus venas
de hervir, y en el corazon
como témpano de hielo
toda á un tiempo se agolpó.
Espesa niebla en los ojos
con rápida oscilacion
le confundió los objetos,
y al cabo le mareó.
—Es ella! dijo espantado,
y entendiendo con pavor
todo el horror del suceso
ante las verjas cayó!

—

La muerte de Beatriz,
con religioso temor,
un hombre al volver en sí
ya en la calle le contó.
Y aunque dió á toda la historia
profana interpretacion,
en ella entendió Don Cesar
el llamamiento de Dios.
Bañado en amargo llanto
á los pies de un confesor
el espantoso relato

depuso de su pasion.
El amor de Beatriz,
con el rapto que intentó,
y la muerte de Don Carlos
hecha en la noche anterior;
y traspasada su alma
de hondísima contricion,
á las montañas de Córdoba
desesperado volvió.
Mas no pensó en habitarlas
como oculto salteador,
sino como penitente
pidiendo al cielo perdon.



UN TESTIGO DE BRONCE.



LEYENDA TRADICIONAL

dividida en dos partes y seis capítulos.

PRIMERA PARTE.

CAPÍTULO PRIMERO.

De cómo un noble mancebo, acosado por una pesadilla, se despertó una mañana, bendijo á Dios y recibió una carta; cuyas tres cosas dan conveniente principio á la presente leyenda.

Un claro sol de junio en el oriente
comenzaba su curso una mañana,
sereno y explendente
el azul del zenit tornando en grana.
Fecundidad lozana
ostentaba do quier naturaleza
con la verdura que cubria el prado,
y con la amarilléz que á la corteza
daba del fruto aún no sazonado,
y á la espíga del trigo en él sembrado.
A los rayos del sol despertadores
empezaban los sueltos jilguerillos,
los mirlos y los pardos ruiseñores

á elevar escondidos en las ramas
su armoniosa voz: y entre las flores
empezaban mil varios insectillos
á extender sus alitas de colores.
Naturaleza, en fin, rica y fecunda
derramaba do quiera
los preciosos tesoros de que inunda
la terrestre mansion, la primavera,
que huia ya con rápida carrera.
En medio de este inmenso panorama
de belleza, de luz y de armonía
que el nuevo sol á iluminar salia,
y que mundo se llama,
uno de los mil puntos alumbrados
es el punto no mas que en este dia,
por los hechos en ella relatados,
necesita marcar la historia mia.
Corte entonces severa
de Felipe segundo,
digna Valladolid entonces era
del católico Rey dueño del mundo.
La gala y la nobleza,
la virtud y riqueza,
y la fe de la gente castellana
encerraba en su seno
su ancho recinto, que la Corte lleno
tenia con su sólida grandeza.
Sólida, sí, porque Castilla ufana
podia ver entonces su bandera
por mil apartadísimos lugares
tremolar altanera,
respetada en las tierras y en los mares.

Es verdad que se usaban por entonces,
y aun andaban en voga
con los autos de fe y el santo oficio
las hogueras, los tajos y la soga;
mas tambien es verdad que astuto el vicio
burlaba su poder, oculto asilo
en las casas recónditas hallando,
y adorado y tranquilo
seguia como siempre prosperando
y en el mundo reinando:
pero con la ventaja no pequeña
de que al creyente que en virtud vivia
la torpe desnudéz no le ofendia,
con que hoy el vicio sin pudor se enseña.
Mas volvamos al dia y á la hora
en que Valladolid del sueño alzaba
la frente, y con la luz de nueva aurora
al afan de la vida se tornaba.
Y como cualquier hecho que se cuente
se debe de narrar lógicamente,
las partes de que conste no embrollando,
inútiles noticias segregando,
de modo que el oyente
lo entienda desde luego claramente;
dejaremos aparte
toda la poblacion, que no hace al arte
de nuestra narracion: y en la persona
que toma en ella la primera parte
desde momento tal nos fijaremos
y la historia de vez comenzaremos.
De una casa, con humos de palacio,
en la ancha calle de Santiago sita,

de un rico camarin en el espacio
y en un lecho blandísimo se agita
en brazos de penoso horrible sueño
el noble mozo de la casa dueño.
La ropa descompuesta
tiene á los brazos enrollada y cuello,
su agitacion mostrando la funesta
razon oculta de ello.
El no usado desórden del cabello,
el sudor que le inunda la ancha frente,
los agitados labios que pronuncian
frases sin ilacion, confusamente,
que su espíritu acosa fieramente
pesadilla tenáz bien claro anuncian.
Y aunque á pintar de lo íntimo de un sueño
las quimeras fantásticas renuncian
poetas y cuentistas comunmente,
las que en este bullian tengo empeño
en extender sombría y vagamente
cual extendiendo se iban en su mente
las truncadas palabras anudando,
que el gallardo mancebo que soñaba
imaginaba con su afan luchando
que su pesada lengua pronunciaba.
Acerquémonos, pues, hasta su lecho
y oigamos lo que dice y lo que pasa
con su imaginacion y allá en su pecho.

«¿Qué es esto? de vapores la atmósfera cargada
»sobre mi frente pesa: la siento en derredor
»en raudo torbellino rodar arrebatada
»prensándome las sienes con infernal dolor!

»¿Qué es esto? ¿delirio? ¿qué espíritu horrendo
»suspenso en los aires me eleva tras sí?
»mi estrecha garganta se va comprimiendo,
»no veo, no siento, no aliento.. .. ¡ay de mí!
»¿Esto es que el fin de mi existencia toco?
»¿esto es sin duda que se muere asi,
»la última idea en el cerebro loco
»girando en espiral que espira en sí?
»Esto es ¡ay! que arrojado en el viento
»á su nada el espíritu va,
»y anudado en el último aliento
»nuestro cuerpo arrebata quizá.
»Sin duda, eso es: y yo espiro
»rodando en el aire, á la par
»lanzando el extremo suspiro
»lanzado sin fin á rodar.
»Si, voy rodando en el viento
»condenado hasta espirar
»tan horrible movimiento
»á seguir y á no parar.
»Y en giro interminable
»rodando sin piedad,
»caeré en la interminable
»sombría eternidad.
»Se irá enrareciendo
»el aire tal vez,
»y yo iré cayendo
»con mas rapidéz.
»Cual hoja suelta
»que lleva el viento
»á cada vuelta
»voy mas violento:

»casi no siento
»como las doy.
»Ciego, desmayo
»ya como el rayo
»rápido voy.
»Ya no siento
»como giro;
»ya no hay viento
»en mi redor.
»No respiro,
»veo que espiro,
»ya es mi aliento
»vago, lento,
»violento
»como último
»estertor.
»Ya ruedo
»sin tino:
»ni puedo
»camino
»buscar,
»ni sé
»si acaso
»podré
»mi paso
»parar.
»Ya vago
»perdido:
»su lago
»el olvido
»me extiende
»al pie.

»Y en vano
»me afano;
»no hay tino,
»ni hay mano
»que ayuda
»me dé.
»¡Sin duda
»caeré!
»Lo creo...
»lo sé:
»lo veo...
»mi sino
»tal fue!
»Cierto,
»sí;
»yerto
»voy;
»caí.
»Muerto
»soy!
»nada
»hay
»aqui.
»¡Ay!
»fuí.»

Aqui con un esfuerzo repentino,
hijo de la afanosa agitacion,
con que tal pesadilla le oprimia
espantado el mancebo despertó.
De el camarin por el recinto oscuro
tendió los ojos trémulo, el horror

del sueño desechar aun no pudiendo
ni apartar la verdad de la ficcion.
Consigo mismo hablando, y con sus manos
reconociendo el lecho en derredor:
«¡Jesus! ¿qué es esto? ¿dónde estoy, Dios mio?
¿qué vértigo letal me trastornó?
mi fatigado cuerpo aun tembloroso
bañado siento de mortal sudor.
Impetuoso y rugiente torbellino
creí en verdad que me arrastraba en pos
por el vacío rápido girando
cual átomo que arrastra el aquilon.
Hirviente mar de cenagosas ondas
me esperaba al caer; denso vapor
me quitaba el aliento y los sentidos...
di al fin en aquel mar y me sorbió.
La bóveda ondulante de sus aguas
cerróse sobre mi con lento son,
y en su bullente inmensidad oscura
la negra eternidad comprendí yo.
Pero soñaba, sí; tocan mis manos
mi lecho... sueño fue, ¡gracias á Dios!
era una fatigosa pesadilla
de una noche de Estío, y ya pasó.
¿Qué hora será? por las maderas creo
que percibo del alba el resplandor.
La luz despejará mi fantasía,
la luz serenará mi corazon.»
Esto pensando se envolvió en su bata,
y en silencio al balcon se dirigió,
de donde viendo la ciudad y el campo
á la primera luz del nuevo sol,

amanecer y comenzar el dia
embebido y absorto contempló.
Y á fe que es espectáculo halagüeño
la tierra ver con el primer albor
y luminarse y despertar, creciendo
de nueva vida el movimiento y son.
¡Y cuán bello es el dia que amanece,
y que contempla libre del pavor
de su ensueño fatídico el mancebo,
sonriendo á su plácida impresion:

vé
que
ya
lento
violento
soplo
blando,
dando
va.
Parda
nube
tarda
sube:
tinta
roja
pinta
y da
al cielo
fulgor
y al suelo
color.

La niebla
que puebla
la hueca
region
se trueca
ahogada
en lumbre
rosada,
que dora
la cumbre
del verde
peñon.
La brisa,
sonora
se pierde
indecisa,
y suave
su son
al ave
levanta,
que canta
canora
la aurora,
que extensa
colora
la inmensa
creacion.
Amanece:
la luz vaga
segun crece
desvanece
los alientos

de vapor
que la noche
que ha pasado
ha dejado
en derredor.
La tierra entera
saluda al dia
con la hechicera
grande armonía,
que en diferentes
puros acentos
á su arrebol,
alzan contentos
árboles, fuentes,
aves y vientos
alborozados
con los dorados
rayos nacientes
del nuevo sol.
Ya entero su disco
se ve en el espacio:
el valle y el risco,
la choza, el palacio,
la corte, el aprisco
bañó su esplendor.
Y ardiente cruzando
la reja entreabierta,
y al hombre llegando
le dice: «despierta,
bendice al Señor.»
Por rejas, miradores,
postigos y terreros,

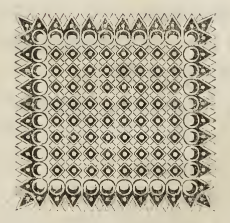
sus mil respiraderos
franquea la ciudad.
Ya parten los obreros,
ya van los labradores
y bajan los pastores
al llano, y los oteros
do tienen sus labores
ó el pasto mas feráz.
Ya por las abiertas rejas
do quier se ve á las mujeres
sus domésticos quehaceres
oficiosas emprender;
y aumenta el ruido, y se escucha
de los hombres el acento,
y se extiende el movimiento
de la vida por do quier.
Reflejan al sol los tejados
de fresco rocío mojados;
inunda las calles la luz:
caballos y carros que cruzan
por entre la gran multitud
el polvo al pasar desmenuzan
doblando el rumor é inquietud.
Ya se vuelve el martillo y la sierra
y la voz del que vende á escuchar,
y otra vez desvelada la tierra
el silencio y la calma destierra
y otro dia comienza á pasar.
Ya en luz el universo resplandece;
la noche entre sus nieblas arrastró
los sueños con que el alma desvanece,
y la sangre en las venas enardece,

y el aliento sofoca, y entumece
los miembros del que insomne se agitó.
Las vanas quimeras del sueño la mente
del joven delante del dia lanzó,
y libre y sereno su espíritu siente
que calma tranquila le dió nuevamente,
y nueva existencia la luz le inspiró.
Entonces rebosando su pecho en alegría,
inspiracion cristiana llevando su alma en pos,
las auras aspirando del sol del nuevo dia,
los ojos elevando al que su luz envia,
asi exclamó de hinojos ante la luz de Dios:
«Señor, yo te conozco: tu omnipotencia creo:
»lo mismo en las tinieblas centellear te veo
»que al extender el alba su espléndido arrebol.
»Tu faz ante mis ojos do quiera resplandece:
»Señor, yo te bendigo cuando la noche crece!
»Señor, yo te bendigo cuando amanece el sol.»

Y arrebatado asi por la influencia
de nuestra santa religion cristiana,
bendecia al Señor su inteligencia
rezando su oracion de la mañana.
Que entonces los gallardos caballeros
aunque dados á juegos y amoríos,
y llevando á la cinta los aceros,
y empeñados en locos desafios
del siglo en que vivian á costumbre,
sabian mantener de igual manera
las modas de la vana muchedumbre
y la fe de sus padres verdadera.
Entonces, aunque habia

protestantes y herejes
que amenazaban desquiciar un dia
la religion de sus seguros ejes
por conviccion ó por iluso vicio,
cada cual en su fe se mantenia
no desdeñando de ella el ejercicio;
los ritos de su fe firme siguiendo,
por su creencia con valor muriendo.
Asi fueron los nobles castellanos
de nuestra edad pasada,
y aunque en sangre tal vez tintas sus manos
por su Dios y su Rey desenvainada
ciñeron siempre con honor la espada;
y en el campo á la par como en el templo
de piedad y valor fueron ejemplo.
Uno de ellos, y tal el joven era
actor primero que á la escena sale
en esta nuestra historia verdadera,
(que salva su verdad bien poco vale).
Sangre corre de Vargas y de Osorios
por sus venas, y heróicas acciones
le dan mas precio aun que sus blasones,
aunque merecimientos bien notorios
los hicieron ganar á sus pasados
de alta virtud y de valor dechados.
Tal era, y á empezar se disponia
de su persona el especial aseo,
para asistir en hora conveniente
á decoroso empleo
que en la Corte asistia,
cuando en su cuarto entrando de repente
el paje que inmediato le servia,

puso en sus manos blasonado pliego
que segun en su sobre prevenia
debia ser obedecido luego.
Abrióle pues, y visto el contenido,
á su paje mandó que le vistiera
y que á salir con él se dispusiera:
porque su tio Don Miguel de Osorio,
alcalde por el Rey de Casa y Corte,
á las nueve le cita á su juzgado,
y caso deber ser muy perentorio,
y mucho es fuerza que á su honor importe
cuando con prisa tanta es de él llamado.
Con que asiendo su acero,
requiriendo la capa y el sombrero
para cualquiera trance apercibido,
de su paje seguido,
salió de su palacio el caballero.



CAPÍTULO II.

De las amistades que se hicieron en casa del alcalde Don Miguel de Osorio.

Es Don Miguel de Osorio un juez muy grave,
con puntas de altanero,
preciado de que sabe
interpretar la ley como el primero.
Juez de grande experiencia
y en verdad profundísimo letrado;
á la jurisprudencia
con el alma entregado,
y de su profesion enamorado.
Juez íntegro y severo,
respetado do quier, do quier temido
por todo el pueblo entero
en quien jurisdiccion le han concedido.

La Inquisicion y el Rey en su destreza
y en su severidad del todo fian
la paz de la ciudad; y no hay cabeza
de enemigo, ladron, vago ú hereje
que un dia ú otro dia entre sus manos
de verse al cabo asegurado deje.
Sutiles comisiones,
misteriosas prisiones
y políticas causas concluidas
con suma discrecion tiene á montones:
y sabe él solamente mas secretos,
y mas agenas vidas
confesadas á él, ó sorprendidas
por él, que los mas anchos y discretos
confesores tal vez tienen oidas.
Mil veces él en árduas ocasiones
se encargó voluntario
de causas muy oscuras y enredadas,
al fin abandonadas
por otros sapientísimos varones,
porque contra razon fueran falladas
con sentencias á ley bien ajustadas.
Pues suele haber culpables
tan diestros, y tan diestros escribanos,
que habiendo pruebas casi incontestables
que les ponen los crímenes palpables
no pueden ser conforme á ley probadas,
y los reos se van de entre las manos
contra razon sus causas despachadas,
aunque segun los códigos humanos.
Mas Don Miguel de Osorio en todas ellas
con prodigioso estudio y perspicacia

del misterioso crímen fue las huellas
siguiendo, y dando al fin con su eficacia
cabo feliz á la verdad oculta,
justicia y proteccion al inocente
y castigo ejemplar al delincuente.
Tal es el juez ante quien es llamado
el gallardo mancebo, su sobrino,
que hemos visto dejar apresurado
su casa, enderezando su camino
de su tio al juzgado.
No se hizo esperar mucho el noble mozo,
y apartando el sombrero y el embozo,
entrando en el despacho del letrado,
la expresion franca de respeto y gozo
que á su faz asomó, cambióse en ceño
otro mancebo al encontrar sentado
alli con beneplácito del dueño.
Púsose en pie el hallado
por honra del venido,
pero si fue el saludo recibido
por Osorio tal vez, no fué acusado.
Y era sin duda comprendido juego,
porque el que tal desaire recibiera,
aunque mostró en su faz de la ira el fuego
ni un movimiento mas hizo siquiera:
y claro se veia
que ninguno de entrambos se extrañaba
de lo que el otro hacia,
y que un misterio entre los dos habia.
Todo esto advirtió el juez en el momento,
y atajando la voz de su sobrino
que iba á brotar del labio,

la puerta aseguró del aposento.
Y volviendo á tomar en su poltrona
arrellanado asiento,
y la toga que envuelve su persona
sobre sí acomodando,
con sosegada voz, mas no severa,
á decir comenzó de esta manera:
«presumo, y lo concibo, caballeros,
que os es extraña semejante cita,
y que en mi casa el reunido haberos
explicacion para ambos necesita
despues de lo que entrambos ha pasado,
y os lo voy á explicar por de contado.
Antiguas y arraigadas disensiones
en nuestras dos familias heredadas
han tenido hasta aqui las relaciones
de nuestras dos familias mal paradas.
Nuestros pasados Reyes
no se atrevieron á mediar en ellas,
de la nobleza atentos á las leyes
que hasta aqui permitieron á los nobles
arreglar á su antojo sus querellas,
ó hacer su agravio y sus enojos dobles.
Nuestros padres nacieron
enemigos: se odiaron
por tradicion no mas, y se injuriaron
tenaces, y sin juicio se batieron
do quier que se encontraron.
Unos á manos de otros sucumbieron,
y el profundo rencor con que nacieron
á sus hijos legaron.
De nuestras razas, ya ramas postreras

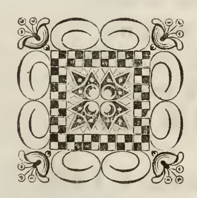
nosotros tres, tambien hemos guardado
la sinrazon y enemistad enteras.
Con el maldito objeto
de sostener nuestro rencor secreto.
nuestros padres tan solo se empeñaban
en adiestrarnos en reñir: ponian
armas en nuestras manos desde niños,
y al cabo conseguian
hacer de sus presentes sucesores
lo que de ellos sus muertos ascendientes.
unos espadachines imprudentes
para quien fuese hallar competidores
casi imposible entre los mas valientes.
Tal en mi juventud yo mismo he sido,
y tal sois hoy vosotros
que do hallado os habeis habeis reñido,
y si vivís se lo debeis á otros.
Mas cansado ya el Rey de que esto dure
tantas generaciones,
ordena que se apure
el manantial de tales disensiones.
Su Majestad se mete por padrino
vuestro, señor Don Juan, y su derecho
sobre vos, recordando porque os tuvo
en la pila al nacer, y que no dudo
que respeteis, os da por satisfecho:
y yo por satisfecho á mi sobrino
dando á la par, su Majestad unidos
quiere que hoy á sus pies seais conducidos.
Quiere que la ciudad juntos os vea,
y pues nacisteis nobles verdaderos
y sois en lo demas tan caballeros.

por vosotros su pueblo nunca crea
que un odio tan villano capáz sea
dos nobles de cambiar en bandoleros,
siempre puestos en trance de pelea.
La Majestad del Rey asi lo exige,
la poblacion entera lo desea,
y á mi con él su Majestad me elige
mediador y padrino
competente entre vos y mi sobrino.
Ved, pues, señores lo que haceis, y el lustre
recordad del blason de nuestra casa,
pues si adelante vuestro enojo pasa
y haceis asi que el gusto real se frustre,
el Rey ha de tomarlo tan á pecho
que os habrá de pesar lo que habreis hecho.»
Asi habló el juez, y se quedó esperando
de alguno de los dos una respuesta
que su intencion pusiera manifiesta,
y ellos unos momentos meditando.
Al fin el joven Don German de Osorio
dejando su sillon franco y atento,
tornando á su enemigo, con notorio
placer le dijo y amistoso acento:
«contrarios nuestros padres nos hicieron;
vivimos hasta aqui como enemigos
porque asi sus enojos lo quisieron,
mas ya que media el Rey y ellos murieron,
pongo á mi honor y al cielo por testigos
de que depongo aqui mi encono insano;
mi valor conoceis y mi hidalguía;
si á vos no os está mal, por parte mia,
caballero Don Juan he aqui mi mano.»

El mancebo á quien iba dirigida
tan generosa oferta, un punto breve
quedar ante él la permitió extendida,
como quien á admitirla no se atreve
ó duda si ser debe ó no admitida.
Túvola Osorio quieta el mismo punto,
aunque al ver que en tomarla se dudaba
cuando él con tal franqueza la alargaba,
pálido se quedó como un difunto:
pensando que otra vez al recogerla
en la espada no mas puede ponerla.
Mas Don Juan antes de ello
la suya adelantó, é hidalgamente
aceptó la amistad de que era prenda.
Y el juez de entrambos mozos exigiendo
palabra de cesar en su contienda,
despidióles á entrambos, prometiendo
que en muestra del agrado soberano
admitidos serian aquel dia
en su presencia y á besar su mano.

Y asi fue: y el prudente Don Felipe,
al medio dia, ante la Corte entera
mostró su complacencia á los mancebos,
y un tanto suavizó su faz severa
al dar un parabien público y franco
á los amigos nuevos.
Juntos salieron de palacio, y juntos
mostráronse los dos en varios puntos
de la ciudad, el blanco
do quiera siendo de los ojos todos,
recibiendo do quier enhorabuenas

por el dichoso fin de tantas penas,
de tan vanos rencores dimanadas
tan largos años á rigor llevadas,
y de gente tan noble tan agenas.
En amistosa union asi anduvieron
ambos durante la jornada entera:
y juntos á un festin se reunieron
celebrando la paz de esta manera.
La noche que extendia
su manto de tinieblas por el mundo
les dividió, expontáneo y profundo
sentimiento mostrando de alegría
por la nueva amistad que les unia.
Con lo cual fuese Don German de Osorio
á la casa del juez donde asistia
las horas de la noche, y una dama
á visitar Don Juan á quien servia.
Mas con el juez á Don German dejemos,
caro lector, y tras el otro vamos;
y cuán instables son comprenderemos
las cosas de la tierra que habitamos
y el corazon del hombre en quien fiamos.



CAPÍTULO III.

Alrededor de la Antigua (*)
y en una calleja angosta
de las que á dar al Esgueva
van, y con puentes le cortan,
en una casa que esquina
hace á dos callejas corvas,
una hácia la Plaza Vieja
y hácia las Angustias otra,
vivia en aquellos tiempos
la hermosura peligrosa
de una morena de veinte,
dándola una tia sombra.
Nació esta red de las almas

(*) Nuestra señora la Antigua se llama una de las parroquias que tiene Valladolid.

en las quebradas de Ronda,
de una pasion y una sangre
mixtas de cristiana y mora.
Un capitan mal cristiano
y una esclava de Mahoma,
cautiva del capitan,
la dieron ser si no honra.
Y viendo cual fue con ella
la naturaleza pródiga,
pusiéronla y con justicia
el bello nombre de Aurora.
Aurora fue de las gracias,
que á porfia unas tras otras
mostraba segun crecia
en su gallarda persona.
Esbelta como una palma,
ligera como una corza,
flexible como una espiga
que el mas leve viento dobla:
con dos ojos que á los astros
con su resplandor enojan;
con una voz mas que el aura
simpática y armoniosa,
y con una alma mas pérfida,
mas temible y mas traidora
que los escollos ocultos
de la mar bajo las ondas;
era la astuta Rondeña
de cuantos mirarla logran
iman de los corazones
y corsario de las bolsas.
Dejóla su padre, muerto

en un desafio en Loja,
con unos cuantos doblones
una haciendilla bien corta.
Usurpósela un su primo,
y ella á ver si la recobra
vino á la Corte, entre tanto
viendo si heredar puede otra.
Mas tan diestra como bella,
y como hechicera hipócrita,
ganar se ha sabido fama
de discreta y virtuosa.
Y si sale es solo á misa,
y embozada y jamás sola.
Si la visitan son siempre
damas que crédito gozan.
Si la festejan galanes
con músicas y con rondas;
si billetes la dirigen,
ó la siguen, ó la abordan
en la calle, ó en las gradas
al salir de la parroquia,
ella ni el velo levanta,
ni lee un papel, ni se asoma
á escuchar á la ventana
los cantares que la entonan.
Su tia es quien los despacha
despues de veinte y cuatro horas,
y cuando de quien es él
con maña oculta se informa.
Mas como han hecho una vida
tan recogida hasta ahora,
mas no han llegado á sus puertas

que mozos de barba intonsa,
estudiantes, militares
de larguísima tizona
y retorcido vigote,
muy amigos de camorras,
muy dados á francachelas
y fiestas estrepitosas;
todos de amor tan holgados
como encogidos de bolsa.
Y esta escondida sirena,
esta bella Circe incógnita,
tan recatada del mundo,
es la dama misteriosa
á quien visita Don Juan
y á quien don Juan enamora,
de la encapotada noche
con el favor de las sombras.
Y lo que ha hecho el tal Don Juan
para hacerse con la hermosa
tan buen lugar, y adquirir
tales derechos, se ignora.
Solo uno de los galanes
desairados, en la Lonja
dijo un dia paseando
que vió á Don Juan á la hora
de anochecer con la tia,
hablar largo rato á solas
á un lado de la plazuela
do su calle desemboca.
Y que á otro dia la vieja
compraba galas y joyas
á su sobrina en las tiendas

pagando en muy buenas onzas.
El cómo nadie lo sabe,
lo cierto es que Don Juan goza
de gran favor con la dama
y sus visitas no estorban.

Por eso en la noche misma
del dia en que sus discordias
terminaron de una vez
Osorio y él, y en la propia
ocasion en que en la casa
del juez y entre gente docta,
mantenia Don German
pláticas no muy sabrosas
para mozos de sus años,
mas que mantener le importa,
pues que las mas de las noches
acude allí aunque le enojan,
Don Juan en el aposento
mismo de la encantadora
Rondeña; á sus pies sentado
escuchaba de su boca
dulces palabras de amor,
y respiraba el aroma
que de la flor de sus labios
al abrirles se evapora.
Aunque las que en este punto
cruzan, á fe que no forman
tan enamorada plática:
pues la de su amor acorta
la relacion de sus ódios
que en amistades se tornan.

Mas sus palabras oigamos
pues lo permite la historia.

AURORA.

¿Y ese Osorio que dices
es sobrino del juez del mismo nombre?

DON JUAN.

Sí, mas con ese ceño,
Aurora ¿de esa paz que mal predices?

AURORA.

No lo sé, mi Don Juan; pero de ese hombre
me temo, que te meta en mas empeño,
con la paz asentada,
que con la saña y division pasada.

DON JUAN.

¿Mas cuál es la razon de tus temores?
dila si alguna tienes, que me holgára
conocer la intencion de esos traidores,
y vive Dios...!

AURORA.

Don Juan, no asi te azores.

DON JUAN.

¡Oh! donde al uno de los dos hallára.

AURORA.

Escúchame primero.

DON JUAN.

Le matára!

AURORA.

Yo nada sé Don Juan de positivo,
mas la ocasion de mis sospechas oye,
y acaso en ellas mi razon apoye
sólido fundamento:
pues yo te amo Don Juan, y por ti vivo,

y favores sin cuento,
de ti en mi duelo y orfandad recibo,
te diré en lo que estriba
el temor que sobrado
acaso manifiesta mi cuidado
porque el tuyo tambien despierto viva.

DON JUAN.

Acaba, en fin, por Dios.

AURORA.

Ese mancebo
Osorio con quien paces
tan repentinas haces
me vió en misa una vez, siguió mis huellas,
y al umbral de esta casa
vino á parar guiándose por ellas.
Paseó la calle al pie de mis balcones
alguna noche, y en las altas horas
me hizo entonar canciones,
y músicas, de amor acusadoras.
Yo le iba á despedir por importuno,
cuando una noche en medio de su fiesta
de su rondalla interrumpió la orquesta,
como cortada por azár alguno.
Curiosa de entender lo que pasaba
por el postigo me asomé entreabierto,
y ví que entre los músicos estaba
con sus rondas el juez, y á su sobrino
del brazo se llevaba
y al oido le hablaba;
y desde aquella noche nunca vino.
Uno de sus ronderos,
viejo criado de mi anciana tia,

nos dijo lo que el juez dicho le habia.

DON JUAN.

Acaba, Aurora ¡qué le dijo, acaba!

AURORA.

Que la dama que asi galanteaba
era la dama á quien Don Juan servia.
Mi pleito desde entonces no prospera,
porque de Osorio el juez pasó á las manos,
donde anudando vuestra historia entera,
arguyo yo Don Juan de esta manera:
Conocieron la dama
que su enemigo ama,
y encima de su rastro se pusieron:
los intereses de ella entorpecieron,
y al mismo tiempo que sus huellas siguen
y acechan, si no es ya que les persiguen,
por mediacion del Rey la paz pidieron.
En mal, pues, de Don Juan ó de su dama
algun misterio entre los dos se trama.
Ellos son dos en su familia, solo
quedas tú de la tuya, el tio tiene
gran favor con el Rey, y del Rey viene
la mediacion... me temo que es un dolo
que Don Miguel de Osorio te previene.

DON JUAN.

Ese fuera el azár hasta hoy mas grave,
pues ellos la amistad solicitaron.

AURORA.

Mas si el caso pintaron
de otro modo ¿quién sabe?

*

Esto no es mas que suponerlo todo
Don Juan, mas de esta paz, os lo confieso,
me extraña mucho la ocasion y el modo.

Y de este fue calculando,
y trayendo á la memoria
mil apariencias contrarias
la Andaluza previsora:
y deste modo Don Juan
en su ánima recelosa
empezó á sentir que entraba
lenta la sospecha y sorda.
Vió que de casa del tio
hasta la de la que adora
solo median pocas calles
y esas ademas muy cortas.
Vió que el pleito de la chica
ventajosa faz no toma
en el despacho de Osorio,
y poco á poco fue torva
la faz mostrando Don Juan:
la voz espiró en su boca
poco á poco, y vióse, en fin,
que mil quimeras que abortan
de su dudoso cerebro
en su corazon se agolpan
de los sucesos pasados
despertando las memorias.
Y en semejantes ideas
su alma embebida y absorta,
á media noche Don Juan
dejó á la Circe de Ronda,

á pasos lentos cruzando
por las callejuelas lóbregas
que rodean de la Antigua
la solitaria parroquia.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.



SEGUNDA PARTE.

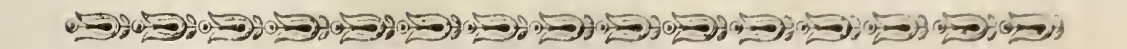
La lobreguéz de la noche
tiene ya con sus tinieblas
aquella ciudad dormida
por todas partes envuelta.
Del manto azul de los cielos
ni un giron percibir dejan
los vapores que interpuestos
brotan entre él y la tierra.
Y el murmullo de la vida
apagado por do quiera,
todo es calma y todo sombra,
todo calla, y se ve apenas
algun farol espirante
que ante alguna imagen cuelga,
y el rumor solo se escucha
de las aguas del Esgueva
que cruzan por la ciudad

con débil corriente lenta
por entre los guijos ásperos
que entorpecen su carrera.
Solo en una de las muchas
curvas que á trazar le fuerzan
los edificios que le abren
paso, con la luz siniestra
de un farol que ante una imagen
suspendido reverbera,
se ve un trozo de una calle
y el rio que la atraviesa.
Un puentecillo de un ojo
reune dos callejuelas
que vuelven á dividirse
en cuanto de él se libertan.
La una solitaria, lóbrega,
mal empedrada y estrecha,
la parroquia de la Antigua
casi en su mitad rodea.
Sobre el agua al otro lado
da otra parte de la iglesia;
y en el muro que hace cara
al rio y la calle á medias,
hay en un nicho una efigie
del Crucificado puesta
dentro de un escaparate,
que entre cristales se cierra;
y allí es donde está el farol
que sobre el agua refleja
un círculo de luz parda
trazando con su luz trémula.
Y allí es donde á largos pasos

en aquella noche mesma,
llegando dos embozados
con diabólica fiereza
se trabaron á estocadas
en sacrílega contienda.
Y á la luz de aquel farol
que avisa allí la presencia
del Hacedor de la vida
contra las suyas atentan.
Nadie despertando al ruido
de sus cuchilladas recias
abrió su ventana, nadie
dando á deshora la vuelta
de galanteo ó tertulia
llegó al lugar de la escena,
y no hubo tampoco ronda
que á dividirles viniera.
Ellos por espacio largo
continuaron su pelea
con tenacidad furiosa
y profana irreverencia.
Al fin se oyó de uno de ellos
la voz que dijo con fuerza:
déjale, déjale! y luego
la del otro que exclamaba:
¡ah traidor, maldito seas!
A estos dos gritos, que oidos
sobre el rumor del Esgueva,
fueron desde el lecho por
el llavero de la iglesia,
se abrieron de una ventana
las encajadas maderas,

y mirando á todas partes
apareció por entre ellas
cubierta de un gorro blanco
de aquel hombre la cabeza.
Mas nada debió de ver
puesto que á cerrar volviéndolas,
quedó otra vez en silencio
la calle, el rio y la iglesia.





CAPÍTULO IV.

Por el que comprenderá quien atento leyere que aquel polvo trae este lodo.

Iba Don Miguel de Osorio
en la mañana siguiente
para empezar sus tareas
á sentarse á su bufete,
cuando entrándose el portero
del juzgado de repente
dijo: perdonad, señor,
que asi atrevido penetre
sin órden en vuestro cuarto;
pero el caso es muy urgente.

EL JUEZ.

¿Qué hay, pues?

EL PORTERO.

Un pesar muy grave.

EL JUEZ.

¡Hablad en fin! ¿qué acontece?
¿qué es ello?

EL PORTERO.

Traen el cadaver
de un hombre, y segun parece
murió en la calle esta noche
asesinado vilmente.

EL JUEZ.

Han cogido al asesino?

EL PORTERO.

No señor.

EL JUEZ.

Pues bien: que dejen
depositado el cadaver
en esa iglesia de enfrente;
que llamen al escribano;
que al doctor busquen, y á verle
pasaremos al momento.

EL PORTERO.

¡Ah señor!

EL JUEZ.

¡Qué mas sucede,
vive Dios que estais tan trémulo
y asustado! Si supiéreis
algo de lo sucedido
esta noche en esa muerte
declarareis y laus Deo.
Mas ¿á qué mil diablos vienen
esas lágrimas ahora?
¿Era el muerto algun pariente
vuestro?

EL PORTERO.

¡Ay señor, ojalá!

EL JUEZ.

Concluyamos, pues, imbécil,
de una vez: que entre la ronda
ó quien quier que le trajere.

EL PORTERO.

Le trae la vuestra, señor.

EL JUEZ.

Que pase, pues.

EL PORTERO.

No se atreve
ninguno á daros tal nueva.

EL JUEZ.

Pero ¿qué misterio es este?
para informarme que un hombre
ha muerto por mano aleve,
declarar y entablar de ello
la causa correspondiente,
¿qué teme nadie de mí?
¿por qué no han de osar mis gentes
darme noticia del caso
que á mi juzgado compete?

EL PORTERO.

Señor, porque es conocido
vuestro el muerto.

EL JUEZ.

Y aunque fuese
mi mejor amigo, soy
juez, y me imponen las leyes
la de administrarlas justo
por mas pesar que me cueste.

Con que decidles que pasen,
y el muerto á la iglesia lleven,
si es que no se le conoce
y de familia carece.

EL PORTERO.

¡Ay señor! un noble tio
tiene no mas.

EL JUEZ.

¡Dios clemente,
qué horrible luz en mi alma
habeis hecho que penetre
ese muerto...!

EL PORTERO.

Es Don German.

EL JUEZ.

¡Mi sobrino!

EL PORTERO

¡Contenedle,
Dios santo!

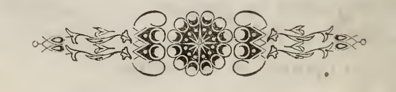
EL JUEZ.

¿Donde está? ¿dónde?
¡Dios piadoso sostenme!

Y asi Don Miguel de Osorio
salió descompuestamente
por sus cámaras gritando
y sin poder contenerse.
Ya estaba todo el zaguan
y la escalera de gente
llenos, en torno del muerto
que en hombros varios sostienen.
Llegaron al mismo tiempo

los doctores: é impaciente
el triste juez por saber
pormenores que apetece,
entre ira y duelo á pedirles
empezó públicamente.
Testificó el escribano;
declararon los corchetes;
reconocieron los sabios
el cuerpo pausadamente:
llamóse un maestro de armas
á que declare si puede
con cuál fue hecha la herida,
y por lo que afirmar osan
testigos é inteligentes,
Don German ha sido muerto
con espada alevemente.
En el izquierdo costado
una sola herida tiene
que no pudo recibir
en aquel sitio batiéndose,
pues que tenia su espada
empuñada fuertemente.
Luego á traicion le mataron
por la izquierda acometiéndole,
mientras con otro reñia
que le atacaba de frente.
Quién le mató y por qué causa
es un misterio que envuelven
las sombras de aquella noche,
y que descubrir no pueden
suposiciones ni indicios
sin que la opinion se arriesgue

de quien suponga ó indique
lo que en las tinieblas duerme.
Pero Don Miguel de Osorio,
cuyo pesar no entorpece
su perspicacia de juez,
ni su experiencia le tuerce
jamás el juicio, en su alma
una sospecha hervir siente,
que mas incremento toma
cuanto mas él la revuelve.
Al fin enjugó las lágrimas
de sus ojos, convenientes
órdenes dió á sus criados
para que el cuerpo se entierre
de Don German, y suntuosos
funerales se celebren;
y encerrándose en su cuarto
de sus rondas con el jefe,
hombre de mucha destreza
en rastrear los delincuentes ,
misteriosas instrucciones
le dió , y pronto despidiéndole
sus cuotidianas tareas
emprendió tranquilamente.
Bien revelaba el semblante
lo que el corazon padece,
mas él ahogó sus pesares
al cumplir con sus deberes.



A las nueve de la noche
de esta jornada fatal,
de Aurora en el aposento
con ella estaba Don Juan.
Ella en un sillon de brazos,
él á su pie en un sitial,
ella como nunca hermosa
y él como nunca galan,
trabada amorosa tienen
conversacion, de la cual
conviene oir lo que resta
desde el punto en donde están.

AURORA.

Mas Don Juan, de esa manera
mis asuntos irán mal.

DON JUAN.

Ya dejaremos aqui
quien de ellos pueda cuidar.
Yo soy rico, y yo te adoro:

ahijado del Rey, me dá
honras que yo no ambiciono,
pues que puedo conservar
con mis rentas y mi brazo
mi honor y mi libertad.
Un hombre, pues, como yo
bien en la Corte no está:
si su favor aprovecha
porque se le han de envidiar,
y á quien algo le codician
siempre vive con afan.
Si desperdicia el favor
que puede fácil lograr,
porque con quien se le ofrece
por fin le malquistarán.
Por todas estas razones,
y otras muchas ademas
que yo me sé, determino
querida Aurora viajar.
Soy de mi familia el único,
gracias á Dios; un leal
y viejo criado hace
mis haciendas prosperar,
y quiero que alguien me ayude
á gastar su renta anual.
Ni tengo amigos, ni quiero
á vagos alimentar:
mas no me siento hácia el oro
aún con desprecio tal
que le renuncie y sea monge,
ó que se lo quiera dar
á los pobres, que son gente

que no lo agradecerá,
pues pienso ejercer primero
sobre mí mi caridad.
Ahora, bajo este supuesto
te digo: que abandonar
quiero unos años la Corte
y aun nuestra España quizá.
Viajar solo es diversion
que poquísimo soláz
proporciona, y es muy duro
no tener con quien hablar.
Tú eres sola en este mundo.

AURORA.

Mi tia.

DON JUAN.

Es un carcamal
que necesita reposo,
y á Ronda se volverá
con renta que yo la dé
para ir al sepulcro en paz.
Con que he pensado llevarte
conmigo, Aurora, en lo cual,
segun lo que se me alcanza,
nada al cabo perderás.
Irás hasta donde quieras,
y do te canses quedar
te puedes, y desde alli
á España te tornarás;
puesto que es justo que pague
ida y vuelta mi caudal.

AURORA.

Mas ¿por qué con tanta prisa

el partir determinais?
¿Qué mal estamos aqui?

DON JUAN.

Ello ha de ser: tú verás,
pues, lo que mas te conviene,
porque yo no puedo ya
el fastidio de la Corte
por mas tiempo soportar.
Si yo no vivo á mi antojo
sin que Rey ni autoridad
á darme venga consejos
que yo al fin no he de tomar;
si no dejo este prestado
carácter de gravedad,
si no riño, y rondo, y juego
cual fuere mi voluntad,
con las rentas que me sobran
y todo el favor real,
de fastidio y de inaccion
creo que me he de secar.
Y he aqui que te he hablado
con franqueza y con verdad
mi intencion, y en ella estoy
tan resuelto, y tan tenaz
voy á mantenerme en ella,
que de tu amor á pesar
si seguirme no te place
por despedido me dá.

AURORA.

Pero Don Juan...

DON JUAN.

Con el alba
parto.

AURORA.

Tal tenacidad
da á entender que para ello
razones grandes habrá.

DON JUAN.

Si por Dios! la alegre vida
que llevo, mi mocedad
aprovechando, los lances
á que mil veces lugar
dí con juveniles ímpetus
que no modero jamás,
sé que han sido consultados
con el santo Tribunal,
que un dia ú otro es preciso
que me venga á amonestar,
lo cual por mas que sea en valde
sé que me molestará.

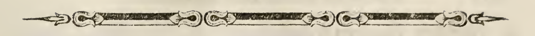
Y aqui iba ya de su plática
el libertino Don Juan,
cuando dos aldabonadas
la vinieron á turbar
que asentaron en la puerta
de la casa en donde están.
Abrió el mozo la ventana
diciendo airado: ¿quién va?
—La justicia, respondieron.
—Venga la justicia en paz,
repuso Don Juan: mas ahora

¿qué negocio aqui la trae?
—Una prision que esta noche
tiene en vos que ejecutar.
—¿En mí?
—En vos, y las personas
en cuya compaña estais.
Abrid, pues, á la justicia
ó á las resultas mirad.
Quitóse de la ventana
Don Juan, y vuelta la faz
á Aurora que sin aliento
yacía sobre el sofá
dijo: en vano es resistir:
si os teneis de qué acusar
mirad si hay parte que paso
franquee á la vecindad,
mientras que yo los detengo
mal que pese á Satanás.
Mas viendo que en vez las dos
de asir con celeridad
de uno ú de otro partido
se soltaron á llorar,
dijo: «á mi no me conviene
contra el santo Tribunal
hacer armas, porque nada
pueden contra mi probar.»
Y en la escalera llamando
al paje que con él va,
mandóle á los que venian
francas las puertas dejar.
Entró el jefe de las rondas
del juez Osorio, y el tal,

al mancebo saludando
con cortés urbanidad
díjole: siento teneros,
siendo quien sois, que tratar
asi, mas daos, señor,
preso por su Majestad.
Don Juan que no vió libreas
del santo Oficio, y á mas
conoce perfectamente
á quien hablándole está,
le dijo á su vez con tono
de amenaza: meditad
lo que vais hacer, buen hombre,
porque si os atropellais
y una sinrazon conmigo
cometeis, os va á pesar.
Yo soy noble, y como noble
dependo de autoridad
competente á la nobleza,
y el Rey llevarálo á mal.
—Señor, dentro de un momento
os podeis justificar
delante del mismo Rey
que es quien me ordena asi obrar.
—¿El Rey me manda prender?
—Por el juzgado especial
del juez Don Miguel de Osorio.
—En ese caso guiad;
pero estas damas.....
—En tanto
aseguradas no mas
quedan, que esteis preso vos,

pero si por libre os dan,
mañana mismo con vos
quedarán en libertad.
Y esto diciendo, y tomando
el estoque de Don Juan,
mandó el jefe de la ronda
una litera acercar
que dejó de aquella casa
esperando en el portal,
y hácia el juzgado volvieron
sus pasos á enderezar.





CAPÍTULO V.

El Rey y Don Miguel de Osorio.

EL REY.

Igual á vos en nobleza
és, Don Miguel; y el valor
de la estirpe en que ha nacido,
á la en que nacísteis vos
iguala si no aventaja.
Él su palabra empeñó
delante ayer de mi Corte,
y no merece el honor
de quien és la torpe mancha
de tan fea inculpacion.
Creedme, Osorio, aqui os ciegan
la cólera y el dolor,
y os disculpo la osadía
mirando á vuestra afliccion.
Comprendo bien como en ello
el pesar os arrastró,
y desde el primer momento

en vuestra imaginacion
á Don Juan, contrario vuestro,
supusísteis el autor
de su muerte: pero de ello
ni teneis justa razon,
ni presentais una prueba:
con que miradlo mejor,
y pues podeis en justicia,
y cual sabio diestro sois,
emprended de este atentado
la justa averiguacion.
Para todo os autorizo,
y puesto que tambien vos
sois á par el ofendido
sed el juez y el vengador.

OSORIO.

Señor, no os dí concluyentes
pruebas, no; teneis razon,
sé que jamás lograré
con las que tengo hasta hoy
convenceros de lo cierto:
mas considerad, señor,
que llevo ya muchos años
de juez, y que tengo yo
la experiencia que me guia
y me alumbra la razon.
Don Juan es ahijado vuestro;
su padre siempre os sirvió
con lealtad, é indulgente
tal vez con el hijo vos,
no veis á Don Juan como es
sino como ser debió.

Nació noble, sí, á la sombra
de vuestra real proteccion;
como á tal honra cumplia
con esmero se crió,
mas no olvideis que las gentes
á quienes su educacion
se fió fueron contrarios
de mi raza, y en su pro
del noble mozo aguardaban
mucho bien de su favor.
Por ello tal vez las prendas
de que el Señor le dotó
por igual no cultivaron;
y atendiendo al exterior,
se cuidaron poco ó nada
de su joven corazon.
Porque aunque sintais oirlo,
sabedlo al cabo, señor;
Don Juan es un libertino
á quien se disimuló
atendiendo á que vos érais
su padrino y protector.
Vos, señor, de su conducta
nunca habeis visto sino
su gracia y su gentileza,
su osadía y su vigor:
y los que en vos conocian
hácia él tal predileccion,
tal vez para daros gusto
os le pintaron mejor.
Mas yo sé su vida entera,
y sus secretos me son

conocidos lo bastante
para insistir sin temor
de ofender la Majestad
en mi grave acusacion.

EL REY.

Osorio, bien pueden ser
buenas pruebas para vos
las que para los demas
solo conjeturas son.
Sé que para osar á tanto
sin duda que os asistió
grave causa, y que lo haceis
tras seria meditacion.
Ya os dije, pues, que os otorgo
autoridad superior
á la que os compete en esto,
pero en consideracion
tened la persona en quien
echais mancha tan atroz,
y no obreis contra persona
de quien os respondo yo.
Averiguad, inquirid
cuanto vuestra prevision
y vuestra experiencia alcancen
justo y recto: pero no
sin fundamento palpable
llegueis hasta la prision
de Don Juan, pues siendo vuestro
contrario, murmurador
el vulgo os lo ha de tildar
si sale una sinrazon.
Por órden mia á Don Juan

esta noche se prendió;
que éntre, y en vuestra presencia
yo mismo declaracion
le tomaré, y os protesto
que si un crímen cometió
tan villano, de las leyes
caerá en él todo el rigor.

Esto del Rey Don Felipe
en la oculta habitacion
entre él y el alcalde Osorio
aquella noche se habló:
y mientras que en la real cámara
en esta conversacion
tan hondamente empeñados
estaban ambos á dos,
en la próxima antesala
Don Juan en calma esperó
á que saliera el alcalde
para optar al mismo honor.
Y no en valde: en el real nombre
á llamarle el juez salió,
y con sereno talante
en la regia habitacion,
delante del mismo juez
altivo Don Juan entró,
y á los pies del Rey postrándose
dijo: me dicen, señor,
que en nombre vuestro me prenden,
y aunque no sé la razon
á daros cuenta de mí
héme aqui pronto, señor.

El Rey, Don Juan, el Alcalde.

EL REY.

Don Juan, Don German de Osorio
murió anoche: en una calle
á la espalda de la Antigua
hallaron hoy su cadaver;
y á la enemistad mirando
que con él tuvísteis antes
os acusan de su muerte.

DON JUAN.

Señor, antes de cuidarme
de mi defensa, os suplico
que exijais pruebas palpables
del crímen de que me acusan.
Puesto que si es quien lo hace
Don Miguel de Osorio, tio
del muerto, no puede parte
y juez ser en un delito
en que no hay pruebas bastantes.

EL REY.

¿Negais, pues, que fuísteis vos
quien le mató?

DON JUAN.

Sincerarme
no necesito, señor,
segun veo: en semejante
caso nos pusimos ambos
mil veces, y siempre iguales
salimos, dejando en duda
el éxito del combate:
que ambos éramos valientes,
y ambos éramos leales.

EL REY.

Segun declaran peritos,
un traidor debió matarle
por la izquierda, mientras otro
le atacaba por delante.

DON JUAN.

Yo jamás he acudido
á traiciones semejantes,
ni para cita ó pendencia
llevé en compañía á nadie.

EL REY.

Anoche á vuestra posada
volvísteis, Don Juan, muy tarde.

DON JUAN.

Puedo probar donde estuve
hora tras hora.

EL REY.

Se sabe
que hasta las once en la casa

de unas damas os hallásteis
que en el mismo barrio viven.

DON JUAN.

Mas fuí despues bien distante
de allí á casa conocida
de todos.

EL REY.

Dónde.

DON JUAN.

A la calle
de Santiago, y á la casa
del oidor Palomares.

EL REY *(al alcalde)*.

Que es poco mas ó menos
frente de la vuestra?

OSORIO.

Casi
frente á frente.

DON JUAN.

Y bien pudísteis
cuando de ronda os marchásteis
verme; en su balcon estábamos
por el calor.

OSORIO.

No era fácil
que os distinguiera, la noche
era muy lóbrega.

EL REY.

Tales
son sus señas, que engañado

podeis estar vos, alcalde.

OSORIO.

Señor, bien pudiera ser,
que todo en lo humano cabe,
mas no lograis convencerme,
y no habré de retractarme.

DON JUAN.

La enemistad que me tiene,
señor, no puede ocultarse,
y puede ser que si yo
su acusador me tornare....

OSORIO.

Vos mi acusador ¿de qué?

DON JUAN.

De lo que á mi me imputásteis.

OSORIO (*al Rey*).

Señor, oís?

DON JUAN.

Es sabido
que debiais heredarle,
y aunque pasais por ser hombre
de una conducta intachable,
de costumbres muy severas,
de generosidad grande,
yo tambien pasé por noble,
sin que hasta hoy se me negase
valor que está bien probado
y me acusais de cobarde:
perdonad, pues, si os acuso
de avaro, señor alcalde,
pues las pruebas que alegamos
ambos á dos son iguales.

EL REY.

Ya veis que os devuelve, Osorio,
la acusacion y el ultraje
con razones de igual peso.

OSORIO.

Señor, para sincerarme
de esa acusacion tendremos
pruebas mas incontestables,
testigos de entero crédito
y cuentas harto cabales.
Negar, no es probar que es falsa
la acusacion.

DON JUAN.

Creo en valde
vuestro empeño, señor juez,
si testigos que declaren
no teneis, ni prenda, ó rastro
que me descubra ó delate
como autor de tal delito.
Fuí su enemigo, las paces
se hicieron de órden del Rey
ayer mismo aqui, y ¿quién sabe
si otro enemigo escondido
halló ocasion de vengarse,
dando por cierto que á mi
su obra habrian de achacarme?
¿De una estocada traidora
decís, y entre dos matáronle?
hallad, si podeis, el otro
que tuvo que acompañarme,
y si él dice que por mi,
y mientras yo por delante

con él reñí, por detras
él le asesinó cobarde,
aun faltará que nos prueben
que yo le dije que obrase
de este modo, ó por su antojo
dió en vileza semejante.
Porque decir que á un Osorio
así ha podido matarle
un solo hombre, dándole á él
tiempo para prepararse,
cosa es que creerán no mas
que mujeres, ó patanes,
que no conocen por zafios
de las armas los achaques.

EL REY.

Alcalde Osorio, bien dice,
y pues se encontró el cadaver
con la espada todavia
empuñada, es indudable
que sucumbió defendiéndose:
que solo un hombre matarle
con golpe tal no ha podido;
y que siendo en este lance
necesarios dos, y habiendo
solo uno, es fuerza que baste
de injustas acusaciones;
echad, pues, por otra parte,
y en paz dejad á Don Juan
que os perdona lo que errásteis.

OSORIO.

En paz se vaya, señor;
mas que en su vida no aparte
de la memoria, que yo

he de encontrar al culpable
ó he de morir en la empresa
con que á su alma demande
si está culpado ó si no,
porque aunque diez años pasen
yo tengo de dar con él
y para Dios nunca es tarde.

Y asi el alcalde diciendo
del aposento se sale,
dejando al Rey y á Don Juan
bruscamente.—Dispensarle
debeis (dijo Don Felipe)
porque sin juicio le trae
el duelo por su sobrino.
Pero es de los mas sagaces
hombres que existen, Don Juan,
y al fin es fuerza que indague
la verdad; si la sabeis
decidla y será mas fácil
perdonaros, confesando,
que cuando el juez os ataje.
—Señor, llegado á tal punto,
dijo Don Juan, no me cabe
mas deber para cubrirme
de imputacion tan infame,
que el de callar y pedir
pruebas ciertas y legales.
Me acusa, pues que demuestre
su acusacion, ó el ultraje
me satisfaga, que en ello
tan villanamente me hace.



CAPÍTULO VI.

En donde se demuestra que el juez era hombre que lo entendia.

Terrible y fatigosa
fue la noche que el juez consigo mismo
pasó luchando, triste y angustiosa
pesadilla interior, su ánimo acosa.
Su probada experiencia,
su pericia y su gran conocimiento
de los hombres y el mundo,
han dado á su conciencia
ciego, íntimo, profundo,
formal convencimiento,
de que solo Don Juan de su sobrino
pudo ser el incógnito asesino.
Pero por mas que en su agitada mente
revuelve los indicios y sospechas,

de que asaltada sin cesar la siente,
conoce que es su fuerza insuficiente
y que en el aire estan fundados y hechas.
Al preguntar el Rey al caballero,
y al contestar Don Juan á sus preguntas,
ha comprendido bien su ojo certero
que tras de su semblante noble y fiero
la astucia y la maldad estaban juntas,
y que temblaba el corazon culpado
tras la serena faz del acusado.
Si del crímen capáz no hubiera sido,
decia el juez, ¿hubiérale ocurrido
que otro por ambicion lo que él por ira
hubiera cometido?
¿La mano de un solo hombre no ha podido
causar herida tal? ¡Sueño, mentira!
En los lances de un duelo
no hay imposible golpe: no hay certera
comprension que desmienta ó asegure
lo que en manos no mas está del cielo.
No... si un hombre bizarro se defiende,
y un raudo esfuerzo del que triunfo espera
le falla, ó un tropiezo cualesquiera
del enemigo ante los pies le tiende,
¿quién dice que un traidor á salva mano
si una venganza desleal pretende,
no le asesta á su vez golpe villano
que al mas perito incomprensible sea
como él ejecutarle no le vea?
¿Quién es el que asegura
que al hidalgo en las armas mas maestro,
acometido en una noche oscura

por quien si débil mas, siendo mas diestro,
con una estratagema prevenida,
conociendo del otro la nobleza
no le puede quitar, por vil destreza,
con la serenidad la noble vida?
¿Quién afirmar podria
que el mas noble y valiente caballero,
de cólera embriagado,
y en el apuro del combate fiero,
del triunfo con la sed no intentaria
lo que él mismo á pensarlo á sangre fria
mirára como bárbaro atentado?
Y de este modo Osorio discurria
inventando maneras y ocasiones,
tomando y desechando á un tiempo mismo
por buenas y por vanas sus razones.
Revolvia afanado en su memoria
los recuerdos que inquieta le traia
de su azarosa juventud la historia.
Los azares y golpes de fortuna
que oyó contar, ó presenció en la guerra,
que en tiempo antiguo y conquistada tierra
se vió á hacer obligado
con el Emperador: y una por una
las lecciones contaba
que del maestro en la niñez tomaba,
y los distintos golpes
que habia en ellas recibido y dado,
mas con el golpe matador no daba.
Y al fin, en tal vigilia
y en tal desasosiego
la aurora le cogió: del lecho fuera

despechado saltó; vistióse luego,
y á la calle salió calma buscando
en la frondosidad de la pradera,
y en el ambiente perfumado y blando
que deja tras de si la primavera.
Pálido, distraido,
sin objeto ni término cruzaba
las calles y las plazas, absorvido
en la idea fatal que le acosaba.
Bajó del Espolon á las moreras,
y mil veces cruzó desatinado
del uno al otro lado,
hasta que del Pisuerga en las riberas
se tendió fatigado.
Callado, melancólico y sombrío,
distraccion no encontrando ni consuelo
en las ondas monotonas del rio,
tornó los ojos suspirando al cielo.
Y en el diáfano azul que el sol de oriente
bañaba en resplandor, buscaba en vano
un rayo que á su mente
inspirára un impulso soberano.
Y asi por largo trecho
contempló vagamente,
al son de los latidos de su pecho
las nubes, que extendiendo lentamente
sus contornos formados de vapores,
pasaban impelidas por el viento,
cambiando de contornos y colores
y manchando el azul del firmamento.
Y en tanto asi que en la inaccion yacía
pasaba el tiempo y avanzaba el dia.

Mas he aquí que instigado
por feliz pensamiento repentino
se levantó agitado:
y blandiendo la vara con que muestra
la noble autoridad de su destino,
á manera de espada,
cual á un ser invisible acometiendo,
marcó lanzando un grito una estocada
en el aire, soltó una carcajada,
y echó de la ciudad por el camino
de este modo diciendo:
«déjeme Dios de su divina mano
si no cae en la red ese villano.»

Tornó á su casa; entróse en su aposento,
y el ropon y la vara abandonando
hizo que le sirvieran al momento
traje comun, que sin insignia alguna
de autoridad ni mando
sobre él no fuera la atencion llamando.
Ciñóse á la cintura
largo y templado estoque toledano,
y cambiando del todo su figura
tornándose de juez en cortesano,
con gentil apostura
y sereno semblante,
hácia la casa de Don Juan, tomando
las calles adelante
llegó á su puerta, y recibido en ella,
do se hallaba Don Juan, se entró arrogante.

DON JUAN.

¿Quién á mi cuarto llega de este modo?

OSORIO.

Soy yo, señor Don Juan, y en dos palabras
vais á entenderlo todo.
Anteanoche German murió en la calle,
y á mi se me ha metido en la cabeza
que nadie mas que vos pudo matalle;
no hay prueba que atestigue
del hecho la certeza,
ni hay modo de que nada se averigue.
Mas como quier que sea,
y en vista de que el reo no parece
tanto mi duelo y mi coraje crece,
que yo os vengo á sacar á la pelea.

DON JUAN.

Señor juez.

OSORIO.

Señor mio,
yo tambien soy Osorio; y el postrero
de vuestra raza vos, yo de la mia,
el uno contra el otro en este dia
nuestro odio y nuestro brio
mostrando, uno de entrambos de la vida
es preciso Don Juan que se despida.
Con que asi sutilezas apartemos
é inútiles escusas,
y salgamos al campo y acabemos.
Mozo sois y valiente;
y aunque empieza el cabello
un poco á encanecer sobre mi frente,
no ha perdido por ello
mi corazon y brazo la firmeza
que requiere nuestro odio y mi nobleza.

DON JUAN.

Miradlo señor juez maduramente,
vos sois quien viene á provocarme al duelo,
y yo porque ninguno torpemente
sospeche acaso que me dais recelo,
y porque sois el agresor, el trance
admito solamente.

OSORIO.

Bueno está: protestad lo que quisiéreis
que yo por satisfecho
del todo me daré, como os batiéreis,
y echad la culpa sobre mi de lo hecho.

DON JUAN.

Ved que os repito, Osorio.

OSORIO.

Concluyamos:
si no admitis el duelo no os extrañe
que do quier que os encuentre
á cuchilladas por cobarde os entre.

DON JUAN.

Vive Dios!

OSORIO.

Asi os quiero.

DON JUAN.

Vamos.

OSORIO.

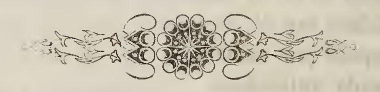
Vamos.

Y tomando en la calle al caballero
que primero encontraron por padrino,
con largo paso y continente fiero
al campo enderezaron el camino.

Por fuera del Campo Grande,
y á sombra de las paredes
de su cerca estan con brio
Osorio y Don Juan batiéndose.
Es hombre el juez de buen brazo,
y grande experiencia tiene
de las armas, y aunque diestro
es Don Juan, recio y valiente,
el juez le busca las vueltas
tan sagáz, y le acomete
con tal prisa, que Don Juan
con trabajo se defiende.
El padrino que contempla
en silencio, el duelo teme
por el mozo, aunque tal vez
ve en Osorio que no quiere
quitar á Don Juan la vida
que ha podido ya dos veces.
Con vigor se baten ambos,
mas Don Juan terreno pierde,
de tal modo que la espalda
casi junto al muro tiene.
En aquel trecho del muro
se abria precisamente
un postiguillo escusado
del huerto perteneciente
á los padres capuchinos:
y alli es á lo que parece
donde Osorio á su contrario
quiso llevar diestramente.
El padrino que á Don Juan
vió cerca de los dinteles

del postigo, á tropezar
próximo si no lo advierte,
y á caer por un percance
del terreno, fue á ponerse
de aquel lado porque entrambos
á terreno igual viniesen.
Mas en el instante mismo
en que él empezó á moverse,
y hácia el lado de Don Juan
ganó la vuelta, con fuerte
voz exclamó el diestro juez:
«no le asesines, detente!»
A esta voz volvió Don Juan
por la derecha, y metiéndole
el juez su espada de pronto
por el costado al volverse,
dijo: «esta fue la estocada
»que á Don German dió la muerte,
»y tal se la dísteis solo
»aunque hecha entre dos parece.»
Don Juan al oir al juez
este hablar tan de repente,
y la espada por su taza
asegurada sintiéndose,
palideció, y sin aliento
quedó del Osorio enfrente.
Quiso mediar el padrino
que nada de esto comprende,
dando por vil el combate
y acabado malamente;
mas envainando su estoque
el alcalde, é imponiéndole

silencio, dijo al mancebo:
«Don Juan, la vida debeisme,
pues si hago encarnar mi espada
por ahí os entra la muerte;
mas solo quise marcaros,
Don Juan, y poner patente
que esa estocada es la vuestra.
Negadlo ya si pudiéreis.»
Y de esta manera Osorio
con firme ademan diciéndole,
dándoles á ambos la espalda
se alejó de ellos riéndose.



CONCLUSION.

EL REY.

Osorio, no os canseis: será posible
como vos lo decís, mas no indudable
cual la ley lo requiere:
y me habeis de encontrar inexorable.

OSORIO.

Sea, señor, pero de vos apelo....

EL REY.

¿De mí? ¿y á quién?

OSORIO.

Al tribunal del cielo.
Hay un Dios, cuya ciencia es infinita;
cuya suma justicia es infalible;
cuyo castigo el mas sagáz no evita

y que al justo protege,
y ante cuyo poder fuerza es que ceje
el humano poder, y en quien confio
que si aqui la razon está en mi abono
la declare por fin en favor mio.

EL REY.

Mas yo no alcanzo....

OSORIO.

Si Don Juan me jura
sobre los sacrosantos Evangelios,
y al lado de la abierta sepultura
de mi sobrino Don German de Osorio,
que no tuvo en su muerte parte alguna,
y evoca su cadáver por testigo
en el nombre de Dios, doy por notorio
que es inocente, y sobre mi tan solo
como calumniador caiga el castigo.

EL REY.

Sea como decís: mas ¡vive el cielo
que si jura Don Juan, como os lo digo,
que morís en vez suya,
sin que atienda en tal caso mi justicia
razon alguna que por vos arguya!

OSORIO.

Acepto la partida,
señor: mas creo en Dios sinceramente,
y si Dios me abandona claramente
perderé, no la fe mas si la vida.
Porque os juro, señor, que si llegára
á faltarme esta fe solo un momento,
por no caer en la duda me matára.

EL REY.

Pues aprontad lo que haga á vuestro intento
para que preste ese hombre juramento:
mas si con prueba tal no da aun certeza
acepto por la dél vuestra cabeza.

Y con palabras tales
despidió el Rey Felipe al juez Osorio:
y de el juicio de Dios fallo inconcuso
á aquel sangriento caso apeteciendo
cada cual á aceptarlo se dispuso.

Y apenas aquella noche
tendió su manto de sombra
por las animadas calles
de la ciudad bulliciosa,
cuando de un gótico templo
en una capilla lóbrega
lentamente se reunian
hasta unas doce personas.
El obispo diocesano,
vestido cual la católica
iglesia requiere en sus
sacrosantas ceremonias,
estaba junto á un sepulcro
sentado en una poltrona,
y á su izquierda el juez Osorio
con su golilla y su toga.
Don Juan estaba tambien
allí, apartado en la sombra
de un ángulo, con altiva
expresion irreligiosa.

*

Los demas eran dos pajes
del obispo, y las muy doctas
personas de dos canónigos,
y curas de la parroquia.
Pasaron breves momentos
de quietud tan silenciosa
entre aquellos personajes,
y el reló marcó la hora
de las siete de la noche:
en cuyo punto con torva
faz entró el Rey Don Felipe
en la capilla. Con honda
reverencia saludáronle
todos, y á todos con corta
inclinacion de cabeza
contestando: ¿están ya todas
las cosas dispuestas? (dijo),
y á un *sí* de la voz sonora
del obispo, replicó
el Rey: manos á la obra.
Con la regia dignidad
que resalta en su persona,
marcó á cada cual el sitio,
y obligacion que le toca.
Púsose el obispo en pie;
alzaron la suelta losa
del sepulcro que hay en medio
de aquella capilla gótica;
y descubierto el cadáver
de Don German, por las hojas
de los santos Evangelios
abriendo un misal, y antorchas

aproximando á sus páginas,
con tono que no denota
ira ni piedad, el Rey
dijo á Don Juan:—«Hoy evoca
»Don Miguel de Osorio el alma
»de este mozo, á quien traidora
»mano mató, en contra vuestra,
»porque accion tan alevosa
»os atribuye: y del cielo
»la justicia protectora,
»porque muestre si culpado
»estais ó inocente, invoca.
»Si con una mano puesta
»en las sacrosantas hojas
»de estos santos Evangelios,
»y en el cadáver la otra,
»jurais que no fueron ellas
»de su asesinato autoras,
»y no hay antes un testigo
»que declare en vuestra contra,
»quiere Don Miguel de Osorio
»que recaiga en su persona
»el castigo que las leyes,
»por calumniador le impongan.
»Jurad, pues, señor Don Juan:
»y de los cielos la cólera
»invocad contra el culpable
»que en el misterio se emboza,
»y el testimonio del cielo,
»para quien oculta cosa
»no hay en la tierra, que el velo
»de su misterio descorra.»—

Dijo el Rey: y dió Don Juan
un paso adelante, pronta
obediencia al Rey mostrando
y la serenidad propia
de quien inocente está:
tendió una mano á las hojas
del santo libro, expresion
dando á su rostro diabólica,
y extendiendo lentamente
hácia el cadaver la otra,
para hablar tomaba aliento,
cuando recias, secas, cóncavas,
dos aldabadas se oyeron
que una mano vigorosa
dió en la puerta de la iglesia,
cuyas aldabadas roncas
ahogaron de las palabras
los sonidos en su boca.
Por un instantáneo impulso
de una universal zozobra
interior quedaron todos
inmóviles, con recóndita
pavura, esperando ver
quien llega asi á tales horas.
Un paje del Rey á poco
entró con respetuosa
atencion, yéndose al Rey
y anunciando la persona
de un embozado, que dice
que allí su presencia importa
por testigo de la muerte
de Don Juan. Quedóse atónita

la gente con tal anuncio,
y una sonrisa sardónica
contrajo los labios pálidos
de Don Juan, como quien honda
conviccion tiene de que es
imposible que deponga
nadie en esto con verdad,
por ser aquesta una historia,
como enredada improbable,
como oculta misteriosa.

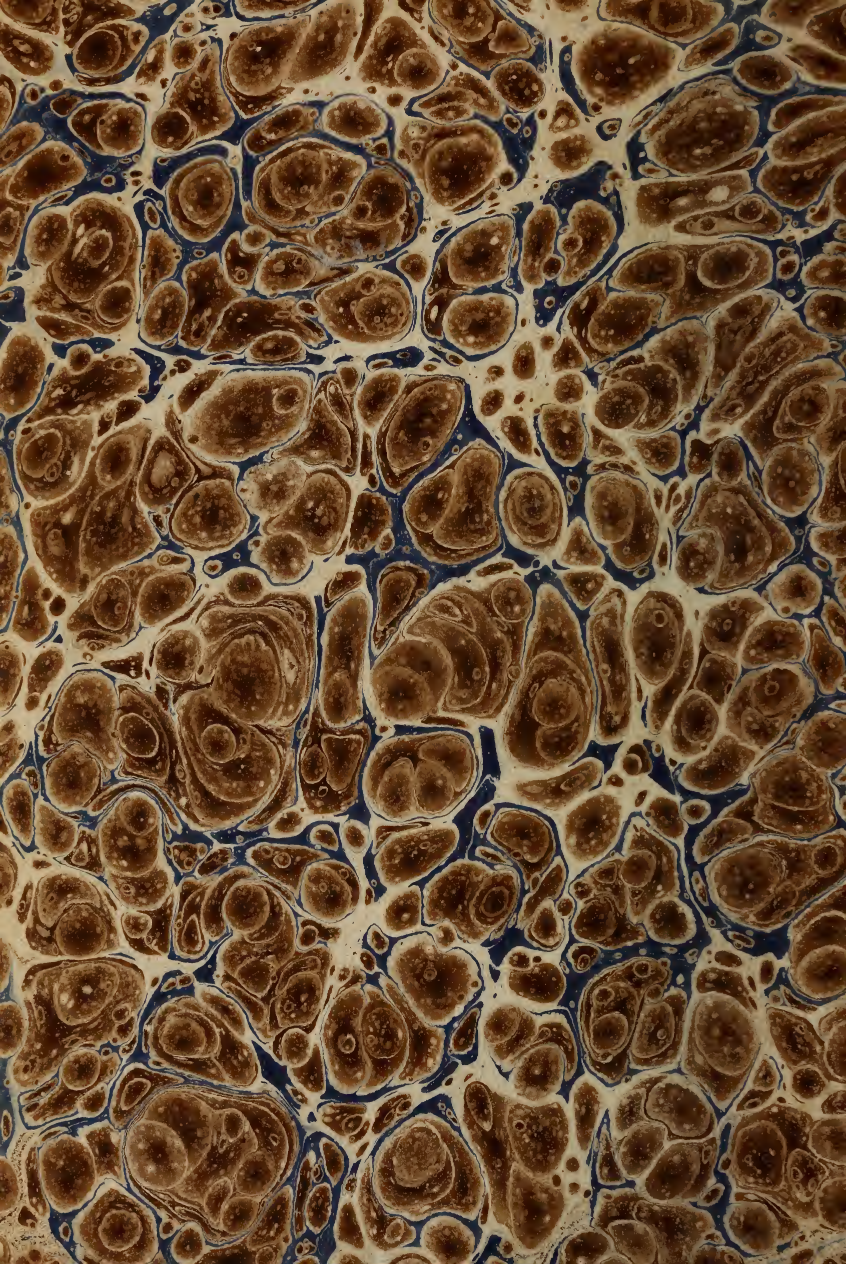
Mas entrando á tal punto en la capilla
un sombrío embozado,
dijo al Rey Don Felipe de Castilla
al ataud de Don German llegado:
«Yo fui el solo testigo
de la muerte de este hombre,
y que es Don Juan el asesino digo:
puesto que él no osará de Dios en nombre
lo contrario jurar aqui conmigo.»
Dijo asi el embozado:
y el son ignoto que su voz produjo
en el pecho espantado
de cuantos allí estaban, desusado
pavor hondo introdujo.
El anciano prelado
de agitacion recóndita movido,
preguntó con acento decidido
á Don Juan, que aterrado
contemplaba al incógnito embozado:
¿Jurais ó no?... y Don Juan en un acceso
de satánico orgullo y osadía,

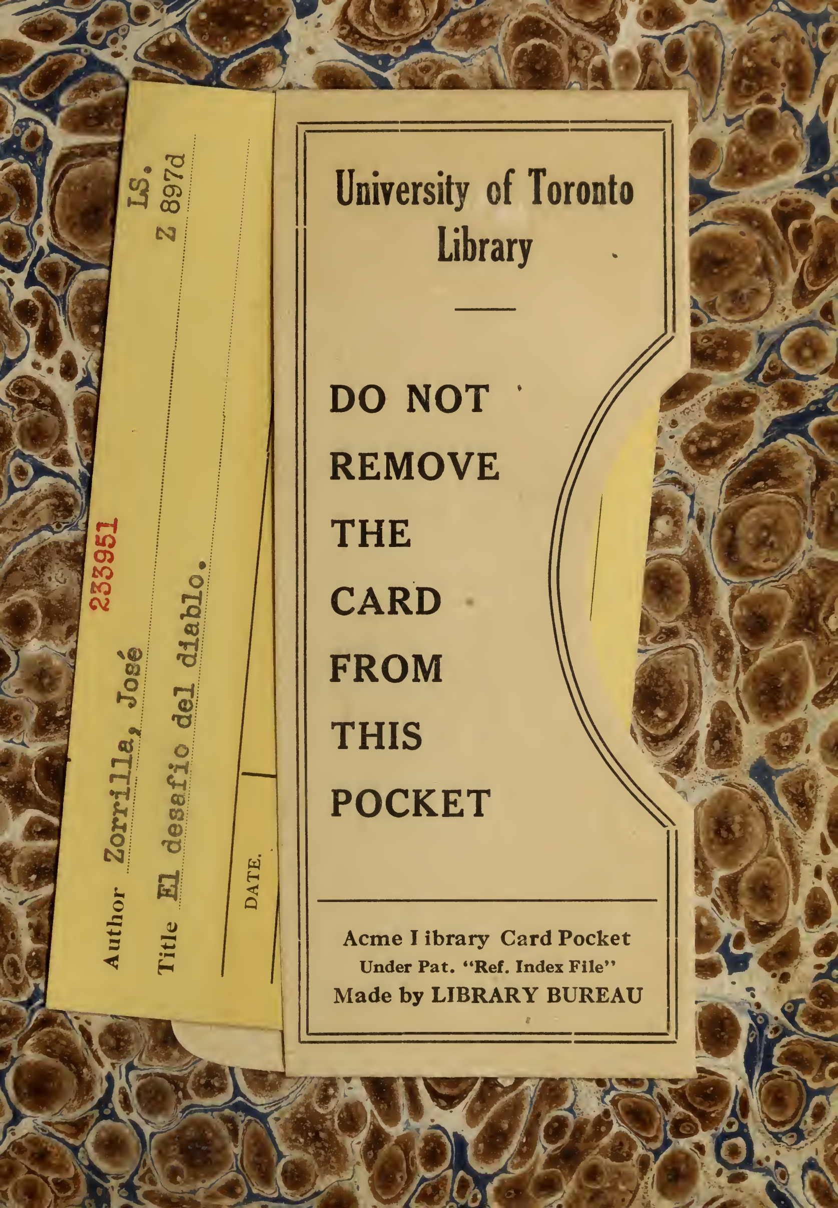
tal vez de confianza con exceso,
sobre el sagrado libro del cristiano
tendió la abierta mano:
pero posada apenas la tenia
sobre aquella evangélica Escritura,
cuando la mano descarnada y fria
cuanto inflexible y dura,
del embozado incógnito sobre ella
de repente cayendo,
y apartando el embozo,
hizo exhalar al libertino mozo
un ¡ay! mortal, desesperado, horrendo.
Cayó ante aquel incógnito de hinojos
el mísero Don Juan: y en el testigo,
misterioso y potente
claváronse á la par todos los ojos,
y á todos el misterio fue patente.
Aquella en que se envuelve larga capa
no un ser humano tapa:
cubre solo de bronce una figura,
emboza solamente una escultura.
Inmóviles, absortos, sin aliento
mostrando en los semblantes su pavura
quedaron los presentes un momento,
presa todos de un mismo pensamiento.
Y entonces aquel ser á quien divino
aliento y ser anima,
asi exclamó con sobrehumano acento:
«Jamás se invoca en vano
el favor de los cielos soberano:
En una calle á mi mansion contigua
murió German: testigo del villano

crímen fui yo: mas véngale mi mano;
yo soy el Crucifijo de la Antigua.»

Quedó muerto Don Juan: de la capilla
despareció en un punto la escultura,
y movido de la alta maravilla
el juez Osorio abandonó á Castilla
y murió de un convento en la clausura.






University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU
LS.
Z 897d
233951
Author Zorrilla, José
Title El desafio del diablo.
DATE.

